

# CHOTO



CHOTO  
por Carlos Dzul

*Choto*

©2021, Carlos Dzul

Primera edición: marzo de 2021

ChangosPerros Ediciones, 2021

Instagram: @changosperros

Diseño de portada: El Paisa

Maquetación: Neto Medina (netomedina.com)

Se prohíbe la reproducción o copia de esta obra sin  
el permiso expreso de su autor. XD

Impreso en México · Printed in México

## ÍNDICE

La vez que pasiamos .....	7
Gargajo .....	9
Drama urbano .....	12
Misa.....	16
Un perro muerto a mitad de una carretera .....	19
Testimonio de una madre mala-onda .....	23
Expo .....	26
Choto .....	29
La quietud.....	32
*.....	35
El hombre queapestaba.....	37
La mujer que cogía .....	40
Estoy jodido.....	43
Señora Típica.....	47
Calixta .....	50
La muchacha que necesitaba ruido .....	53
Un drama vecinal.....	56
Mi primer contrato .....	59
Asilo.....	62
Pérez.....	66
*.....	69
Daysi .....	71
Algunos fragmentos.....	76
Gatitos .....	78



## LA VEZ QUE PASIAMOS

Torrucó, Calixta y yo salimos a dar la vuelta el otro día. Por cierto que ellos no hacen más que drogarse. Me los encuentro en la calle, de cuando en cuando, tambaleándose, vomitando en las alcantarillas, balbuceando cosas. De repente jajaja se echan a carcajear y luego a llorar y luego me piden dinero los hijos de la chingada, un dinero que yo siempre les daría si lo tuviera. Pero nunca tengo. Mi único trabajo por ahora es llorar. A eso me estoy dedicando de lleno. A veces lloro mientras me hago en el brazo unas pequeñas cortaditas a punta de navaja. Otras veces lloro y me masturbo. Lloro y vomito. Lloro y...

Por las mañanas hago de lavaplatos en Gud Loc, una cafetería de cuatro mesas. Gano quinientos pesos a la semana. Mi horario es de 6 a 8. Cuando salgo me voy caminando a mi casa. Mi casa es un cuarto sin ventanas. En el trayecto pienso en que yo quisiera morir dormido. O morir cantando como la cigarra. Por las noches enciendo la tele, que por supuesto es imaginaria, black and white, agarro una libreta y...

El otro día estaba en eso, dibujando unos mostros, cuando tocaron la puerta PUM PAM CUAS, la patearon... Creí que sería la poli, hasta que escuché la voz de Calixta.

Lo primero que hizo cuando la dejé pasar fue decir: a la verga, huele a vómito. Su sonrisa era como la sonrisa de un muñeco.

Por molestar le pregunté si quería coger y me respondió que chingara yo a mi madre y me dio un codazo en las costillas y un bofetadón. Así es ella. Luego dijo que quería largarse de la ciudad.

Todos están locos. Mi mamá está loca, mis hermanas están locas. Las malditas van a contagiarme. Las odio. Las quiero matar.

Eso fue lo que dijo.

Después reventó en carcajadas pero no hizo ningún gesto, se carcajeaba como quien se orina encima. Sería mejor decir que las carcajadas abandonaban su boca igual que ratas asustadas. Jajaja.

De allí me ordenó que saliéramos a pasear. No me lo propuso, no fue una invitación. Fue una maldita orden.

Caminamos hasta el parque Riverol y en el trayecto hablamos de la vida, que para nosotros consistía en nunca tener dinero, en siempre tener hambre, en...

Ya en el parquecito nos fuimos a sentar en alguna de esas bancas horribles de cemento y nos quedamos callados hasta que ella empezó a rascarse las piernas de una manera digamos enfermiza.

Luego entendí que la ingrata estaba registrándose los bolsillos:

—¿Tienes una moneda? —me dijo.

—¿Qué es una moneda? —le dije.

Eché a caminar por el parque, con la cabeza gacha, y al cabo de una hora de ir de un lado a otro logré encontrar dos pequeñas moneditas plateadas que luego fue a meter dentro de un teléfono público.

Marcó unos números y se puso a gritar...

—Auxilioooooo.

Colgó de un madrazo:

—Dice que lo veamos en el centro.

Ni tuve que preguntar a quién se refería.



## GARGAJO

Torruco tiene un pie que se le está pudriendo. Es chaparro y pelirrojo, fuma mucha mota. Y avienta, cuando quiere lucirse, unos gargajos entre amarillos y verdes, bien chingones. Primero hace un ruido con la garganta, como de máquina trituradora, y luego PLATZ, dispara la madre esa, un pegoste multicolor del tamaño de una lima, contra el piso; entonces jala aire y se le infla el pecho. Las viejas cuando lo ven así, aventando el gargajo, se quedan instantáneamente enamoradas.

El otro día estábamos en la Locomotora, compartiendo una caguama que desde luego él invitó porque yo nunca tengo dinero. Él en cambio trabaja de madrear gente y jamás le falta chamba. Es una mina de oro, eso del rencor humano. Siempre alguien está deseando el mal de alguien. Incluso ha llegado a cobrar 500 pesos por darle un zape a un señor, nada más que por un zape.

—¿Cómo puedes cambiar así, con tu pie jodido? —le dije y él no me respondió ni con monosílabos pero me quedó viendo como si mi pregunta no tuviera nada qué ver con nada.

Y BAM, encaramó la pierna en la mesa y su pie malo terminó casi frente a mi cara. Lo voy a describir. El dedo gordo está descarnado, se notan los músculos, incluso un cacho de hueso. Alrededor hay una mancha tumefacta, entre morada y verde y azul, salpicada de agujeritos, pin pin pin, agujeritos por los cuales asoman de repente gusanos de pus. Y huele que es una delicia.

—Esto me pasó porque un día me ensarté una varilla oxidada —explicó (por enésima vez) —Yo estaba borracho, huyendo de

una casa por una razón que luego te digo. Entré por una callecita llena de lodo y cuando me di cuenta ya no podía seguir avanzando. Estaba como pegado a la tierra. Bajé la mirada y vi la varilla, metida en mi pie. La saqué como pude, no sentí nada... Hasta el día siguiente. Hay momentos en que está de buenas mi pie y no me da mucha lata y otros en que está de insoportable, como hoy, que hasta me dan ganas de cortármelo de una puta vez y tirarlo a la basura.

Estábamos en eso, pensando en La Putrefacción, cuando invadió La Locomotora un grupo de muchachas... ¡Warf Warf!, dijo Torruco al verlas. Las muchachas ocuparon la mesa de a lado y comenzaron a hacer lo suyo, a chacharear y reír y eso. Ya se sabe lo que es un grupo de mujeres chachareando. Entrechocan los vasos, menean los hombros, lanzan miradas oblicuas. El show completo. Cuando me fijé ya estaban todas en nuestra mesa, festejando las anécdotas que, una tras otra, como flores, iba lanzando mi amigo. No sé en qué momento pasó. Torruco es así. Las mujeres van y se le pegan.

Después de un rato lo empezaron a besar, una por una. Allí estaban: muak muak, besando a Torruco en la bocota y por supuesto ninguna se fijaba en mí, yo era un testigo nomás (El Eterno Testigo, título para película). Lo besaban, digo, y lo llamaban pobrecito, por lo de su pie, y le juraban que se veía rete sexy, así, pudriéndose en vida, y Torruco, que es un chacal hecho y derecho, en ese momento TRRUUUUC PLAZ, disparó un gargajazo y la madeja de muchachas lanzó un gemido, al unísono, como que se estuvieran derritiendo, y empezaron a tomarse fotos con él.

Allí fue cuando agarré y le dije, me puse de pie y le dije, no pude aguantar más y le dije: —Torruco, tu corazón no se mancha con nada, es de acero. ¡Tu corazón, si fuera un animal...

Me senté. Me volví a parar. Y continué: —Tu corazón, amigo, si fuera un soldado podría ir a la guerra y no le pasaría nada. Podrían

caerle a machetazos... ¡EY! –grité porque descubrí que nadie me estaba prestando atención.

Torruco andaba demasiado entretenido entreteniéndolo a su harem de repentinas admiradoras mientras entonaba una canción moderna, de esas que están sonando ahorita.

CRASH, rompí mi vaso contra el suelo.

Y aun así nadie me prestó atención. Ni Torruco ni las muchachas ni los otros cuatro o cinco clientes que había en La Locomotora en ese momento.

CRASH rompí otro vaso. Y CRASH otro. Sólo así, por fin, Torruco me volteó a ver y después de un largo silencio, dijo, como al aire: -Disculpen a mi amigo, cuando bebe se pone así, no lo tomen en cuenta, por favor.

La mirada que Torruco me sorrajó en ese instante fue como si me hubiera sujetado por las solapas y me hubiera abofeteado.

Salí corriendo.

Corrí corrí, dando saltitos (para evitar los baches de los cuales están cundidas las calles que circundan la Locomotora) y cuando me cansé vi que había llegado al malecón, y una vez allí lo que hice fue ponerme a patear un árbol. Así, como el que está choto. Trac trac, patadas enloquecidas.

Pasó un policía y ni siquiera me volteó a ver.

Creo que lo que yo buscaba era romperme el pie, pudrírmelo a chingadazos allí mismo.

## DRAMA URBANO

Estaba yo comprando alcohol y cigarrillos en La Tienda, cuando de pronto la puerta se abrió ligeramente y vimos entrar, yo y los demás clientes que hacíamos fila, nada menos que a un niño, aunque bien podría decir “un perrito”, “un puerquito”, pues la pinta que se cargaba era más la de una bestezuela que la de un ser humano.

A lo mucho medía medio metro de estatura, traía el pelo largo hasta los hombros, andaba descalzo y era casi negro y traía puestas unas ropitas mugrosísimas.

Yo, y supongo que los demás clientes también, al verlo entrar dejamos escapar un suspiro-gemido de espanto... El puerquito venía lamiendo una piedra como si fuera un dulce: la aventó porai, trac trac, para enseguida pelar unos dienteillos afilados, amarillos, ante lo cual yo, y los demás clientes también, emitimos otro suspiro-gemido más fuerte aún que el primero.

Para entender a cabalidad este drama viene muy a pelo describir el interior de la dichosa tienda en la que nos encontramos: había luz por todas partes y por más que uno buscara no encontraba ni un reducto de sombra. Los productos que se ofertaban yacían impecablemente acomodados y clasificados en los estantes. La Tienda, en resumen, era El Paraíso. Y esto fue lo que vino a trizar, a despedazar sin contemplaciones con su sola presencia, el “puerquito”.

Iiiii, dijo y lanzó en derredor una mirada que no podía ser más maligna.

Tomó una revista de un estante, la hojeó, le dio la vuelta y al final RAZ le arrancó una página, que intentó comerse, sin éxito.

La escupió y luego echó a correr por los pasillos. Yo, y no sólo yo, lo perseguí mientras tanto con la mirada, sin perder de vista un solo movimiento suyo, vigilándolo como si en ello me fuera la vida. ¿Qué hizo, la criatura? Casi nada. Se dedicó a desordenar los productos, el muy simpático. ¡A desordenar! Tiraba las cosas por ahí, sin la menor consideración, o bien las usaba para golpearse la cabeza: TOC TOC TOC. De repente le dio una especie de ataque epiléptico y se tiró al suelo (que estaba perfectamente limpio) y empezó a sacudirse y a dar piruetas y a chillar. No paraba de chillar: iiiii-iiii-iiii.

Parecía, perdónese me la cursilería, un corazón suelto, un puro corazón desatado.

Yo, el resto de los clientes, hasta el encargado de la caja, no hacíamos más que observarlo, aterrados, esperando, desde lo más profundo de nuestras almas, verlo estallar. Que reventara (de ser posible sin hacer ningún ruido). Que dejara de “ser”.

Pero no, allí seguía, corriendo, brincando, patinando frente a nuestras (petrificadas) narices. El colmo fue cuando ya tomó una bolsita (creo que era de cacahuates) y trató de abrirla.

iiii-iiii, luchaba con sus manitas por destruir la envoltura y chillaba porque no lo conseguía; su carita reflejaba una tristeza inacabable.

lii-iii.

Nadie le decía ni le dijo nada, hasta que una de las “personas” que hacían la cola se salió de la misma y lo encaró. Se trataba de un tipo alto, blanco, de pelo castaño muy lacio y fino, de barbita y anteojos.

–Thranquiló –empezó a decirle –Thranquiloó, dejaaaá, thranquiloóó.

El tipo estaba doblado sobre el niño y con sus largas manos, a punta de señas, con total cordialidad, como es menester, trataba de persuadirlo de que soltara la bolsita: -Noooó, thranquiloóóó.

El niño lo miraba al tipo, a sus largas manos, reconcentrada y estúpidamente, igual que un gatito miraría una bola de estambre, sin entender nada pero extasiado, hasta que estiró una de sus manitas y lo tocó, le rozó a penas la nariz al sujeto y ésta, señoras y señores, ésta agarró fuego, tal como lo oyen, cosa que al niño lo provocó una sonrisita de ángel, dulcísima.

Al pobre individuo (y también a todos los demás que estábamos de testigos) le tomó un buen rato darse cuenta de lo que pasaba; cuando al fin le cayó el veinte comenzó a golpetearse la cara él mismo con todos los dedos: -Noooó, noooó- decía, mientras trataba de extinguir el incendio que ocurría en su nariz, pero no sólo no lo logró sino que el fuego se le extendió por el resto de la cara y del cuerpo, en cuestión de segundos, como si estuviera hecho de cartón, o de plástico, que era en realidad lo que despedía: un fuerte tufo a plástico quemado.

Y cuando terminó de consumirse no hubo más de él que un puño de ceniza, una mancha negruzca en el piso, una pasta, un vago hedor.

Transcurrieron, acto seguido, unos larguísimos (breves) momentos de pánico: ¿De qué estamos hechos?, me pregunté.

El niño destroyer, el puerquito infernal, nos miraba entretanto, haciendo su horrible sonrisa y jugando con sus manitas, abriéndolas y cerrándolas, como el que se apresta para cometer una masacre.

Por suerte para mí, para los demás, para todo el mundo, en ese momento apareció la madre. Así es, la puerta de nuevo se abrió, casi imperceptiblemente, y entró Ella.

Una mujer minúscula, ¡más pequeña que su propio hijo!, de pelo negro largo enmarañado, de ojos tan chiquitos que ni se notaban, envuelta en un sinfín de trapos de varios colores opacados por la mugre.

Pues bien, esta mugrosita comenzó a llamarlo del siguiente modo: tik tik tok tok aé aé. O algo así por el estilo. ¿Qué idioma

fue ese? No se sabe. Alguna lengua extraterrestre, quizá. Alguna lengua muerta.

–Tok tok tiqui tiqui –dijo y el niño corrió hasta ella con regocijo infernal, iiii-iiii, se le encaramó en la espalda, le daba de besos...

–Tiqui taca tiqui taca –dijo la madre todavía, como reprendiéndolo, antes de que abandonaran ambos (el puerquito ya iba risa y risa) la dichosa Tienda, que en el acto se llenó, si no de paz, al menos de silencio.

Un silencio turbio, por no usar otra palabra peor, en medio del cual permanecimos nosotros, los fugaces y mudos testigos de este melodrama urbano, nada más que mirando en el piso aquel puño de ceniza que alguna vez pretendió ser una Persona y que bien pudo tratarse de cualquiera de nosotros. Pasados varios minutos de contemplación tácita, estreñida, recobramos la movilidad, pagamos nuestras cosas...

Afuera, en la banqueta y bajo la noche inclemente, traté de prender un cigarrillo y no pude; me temblaba mucho todo.

## MISA

Aborrezco viajar pero una vez no me quedó más remedio: tomé un autobús. Me tocó sentarme junto a un tipo fornido, bien peinado, oloroso a jabón, que además llevaba encima una camisa (azul cielo) perfectamente planchada. Por mi parte yo cargaba una camiseta medio rota donde, sobre un fondo negro, había un dibujo de un cráneo sonriente, con largas greñas verdes figurando llamas. El tipo quedó prendado del dibujo y después de mirarlo un laaargo rato, comenzó a decir:

Fíjate que yo de niño también quise ser diabólico, así como tú. Mi nombre es Misael. Puedes llamarme Misa. Jeje. Recuerdo que incluso tuve una camiseta idéntica a la tuya. Un muchachito huraño era yo. Sí que sí. A todo el mundo le andaba buscando pleito, a cualquiera que pasaba y me miraba feo le mentaba la madre. Je. Y también escupía mucho, donde quiera que fuese, sput! sput! Estaba encabronado con la vida. Je. Creo que hasta me quería matar. Mis padres ni se fijaban en mí porque estaban ocupadísimos despedazándose entre ellos. Gritos, lágrimas, reclamos. Mi casa era eso, un derrumbe interminable que siempre estaba sucediendo, y yo no sabía qué me iba a pasar, en medio de aquella catástrofe. A veces prefería no ver nada ni escuchar nada; me iba caminando a una biblioteca, tomaba un libro y me pasaba horas ahí, leyendo novelas horribles. No tenía quién me orientara. Estaba solo, a mi aire. Trataba, como cualquier ser humano, de encontrar las famosas respuestas. Y no encontré ninguna. Yo cuando miraba una flor me llenaba de odio, ¿sabes?, porque sentía que la flor, con su alegría, se burlaba de mí, como si me dijera: no eres nada. Y terminaba



pisoteándola. Je. Después empecé a juntarme con chicos mayores que decían ser mis amigos y que me invitaban a sus casas a escuchar casets de música diabólica. Ya sabes de qué hablo. The Doors, Pink Floyd. Escuchábamos aquello, fumábamos, bebíamos, luego nos teníamos que pelear, por lo que fuera, y prendernos a golpes. Así era mi vida. Pleito tras pleito tras pleito. Cuando de plano ya no podía más, dibujaba. Agarraba una hoja de papel y raz raz. En mis obras, por llamarlas de algún modo, aparecían siempre mis padres, mis padres hechos pedacitos, nunca los dibujaba completos, de una sola pieza. Je. Mucha sangre. Dientes y bocas. Y ratas también. Y murciélagos. Jejeje. Podía pasarme días detallando una imagen, cincelando una herida, puliendo un muñón. Estoy seguro de que hubiera terminado por volverme artista, jejejeje, un pintor loco y aborrecible, de haber seguido por ese camino. A Dios gracias no fue así. A Dios gracias mis padres un día se pelearon tan bien, con tanto entusiasmo, que se separaron y allí se acabó mi tragedia. Digo que “se separaron” pero sería más exacto decir que salieron BAM, disparados uno del otro, cada quien por su cuenta, como dos pedazos de un edificio que hubiera explotado. BAM. La nariz de mi padre sangraba. Mi madre lloraba como si estuviera a punto de morir. Ninguno parecía recordar que yo existía; me dejaron olvidado en casa de mi abue. Allí me fueron a botar, jeje, como una bolsa de basura. Mi abue se llama... se llamaba, Hermenegilda. Era muy guapa, ella. Una abuela joven, sin arrugas. Fue quien me salvó. Fue quien vio que yo cargaba un fuego, un incendio adentro y, PLASH, lo apagó de un trancazo. Cuando llegué a su casa me quedé viendo el pelo, los moretones que tenía por todas partes, la camiseta que llevaba puesta. Dijo: Misael, aquí las cosas van a ser distintas. Y lo fueron. Me tiró a la basura toda mi ropa, me rompió mis dibujos (cosa que nunca terminaré de agradecerle) y me comenzó a llevar a la iglesia todos los días. Me prohibió tener amigos (que Dios la bendiga), excepto uno, especial, que ella escogió para mí. Se llamaba Homobono y era

un muchachito pálido, casi albino, que se sabía la biblia completa. Homobono: pienso en él y me brotan las lágrimas. Al llegar a la iglesia, mi abuela nos daba una moneda y nosotros íbamos y la echábamos en un bote. Luego cantábamos. Luego jugábamos a recitar versículos. De todas maneras Homobono siempre que abría la boca era para decir un versículo. Y nunca se masturbaba. Eso lo sé porque él mismo se ufana de ello: “nunca me masturbo”. Un ángel de muchacho. Cuando se suicidó (bebió raticida) lo lloré un mar. Estará en el cielo, seguramente. A un ladito de mi abuela, que también ya murió. A ella le debo todo. Hay días en que me pongo a recordarla y cuando la veo, allí dentro de mi mente, no te lo voy a negar, se me pone bien dura la verga. Pienso en aquel cuerpo angelical, brillando bajo el agua de la regadera, y se me para y me masturbo, no lo puedo evitar, soy débil. Pero siempre, después de hacerlo, escucha esto, después de cometer este acto terrible, le pido perdón a Dios. Yo le pido mucho perdón a Dios todo el tiempo. Cuando me olvido de sonreír, de ser amable con la gente, incluso aunque no haya hecho nada, sólo por gusto, le pido perdón a Dios. La gente cuando digo esto se ríe. Pobrecitos. Yo los escucho reírse y me río también. Y eso les da más risa. Y eso me da más risa todavía. Pero tú no te has reído, jejejeje, lo cual quiere decir que, en el fondo, aunque no te guste reconocerlo, eres una buena persona, jejejeje.

Yo no me había reído porque no encontraba chistoso nada de lo que me había dicho y porque en ese momento la verdad es que estaba más dormido que despierto.

Misa continuó hablando. No hice nada para detenerlo.

Cuando el camión llegó a donde tenía que llegar, y desperté, ya no lo vi por ningún lado.

## UN PERRO MUERTO A MITAD DE UNA CARRETERA

Fui a la casa de Bernardo porque él me pidió que lo hiciera.

Lo encontré en la sala, “madreando a su padre”. No es un juego de palabras, neta sí lo estaba reventando a chingadazos. PUM PUM PUM. Hallábanse los dos tirados en el mueble, Bernardo encima de su padre, prendiéndolo de los cabellos y martillándole sobre el rostro con su puño que parecía estar ardiendo al rojo vivo.

El padre de Bernardo es un señor de casi sesenta años, aunque aparenta cien. Bernardo tiene veinticinco pero luce como de cuarenta.

Como soy una persona educada, pese a no tener un título universitario, preferí no interrumpirlos. Me limité a encender un cigarro y a decir “buenas tardes” y a quedármelos mirando, en lo que “dirimían sus diferencias”.

Cuando el papá de Bernardo se levantó no había sobre él ni una gota de sangre; eso sí, el rostro le había quedado enteramente chueco y cuando digo “chueco” tampoco estoy usando ninguna metáfora; la nariz la cargaba casi pegada a la oreja, la boca se le había sumido hasta el fondo del cráneo y los ojos le bailaban, uno por el cuello y el otro hasta mero arriba, en la coronilla.

“Buenas tardes”, repetí, con mi voz más candorosa, tratando de hacer como que no había visto nada.

Qué pedo, dijo Bernardo, secándose el sudor con la camisa.

SDFSDFMDRKI, dijo el padre, lo que interpreté como un saludo.

Hola, señor, dije.

¡Vámonos de aquí!, dijo Bernardo, y agarró unas llaves que estaban sobre una mesita.

Su padre lo tomó de un brazo y comenzó a RTIGJCM... FFP-VKDK... balbucear cosas.

WHO THE FUCK ARE YOU! WHO THE FUCK ARE YOU!, se puso a gritar Bernardo (en inglés porque él es así), sacudiéndose, como si el solo contacto de la mano de su padre le resultara asquerosísimo. Creí que de nuevo empezaría con la verguiza. Pero no, Bernardo corrió hacia la calle y lo seguí. Subimos al coche. Mientras arrancábamos pude ver a su papá, allá adentro de la casa, sumido en aquella penumbra, tambaleándose contra una pared, manoseándose el rostro, supongo que tratando de reacomodárselo.

–Te pasaste de verga –dije, nomás por decir algo.

–¡Es un pendejo! –gritó mi “amigo”–, un PIECE OF SHIT– y, créanlo o no, en ese instante comenzó a llorar: –BUJUJUUUU.

Íbamos por la avenida Comosellame, a toda velocidad, fum fum, rebasando coches, y él BUJUJU.

Cuando paró de llorar, y con las lágrimas aún chorreándole, se puso a mascullar unas frases muy raras en inglés que haré el enorme esfuerzo de traducir. Por ejemplo, dijo que su padre era un perro, un dog muerto a mitad de la road (sic). Un charco. ¡Mi padre es un charco de mud!, dijo. ¡Una brizna de dirt! ¡una liendre! (ah, caray) Un montón de asquerosos huesos ¡Un espejo broken!

En fin, que eso fue lo que dijo, al menos fue lo que entendí, si bien es cierto que en el fondo, en el verdadero fondo de las cosas, no entendí un culo.

–Relax, chavo –le dije, tratando de hacer que se calmara y fue un error porque se puso el doble de loco.

–¡CANT FORGET CANT FORGIVE! –empezó a gritar.

¿Qué es lo que Bernardo no podía olvidar ni perdonar?. Ni me lo pregunten porque no lo sé. Ni lo sabré. Ni me interesa. El caso es que eso dijo, entre bufidos, y cuando hubo terminado de repetir cant forget cant forgive mil veces, dos mil, tres mil veces, pegó un

grito agudo, como si le hubieran machucado un dedo, o bien, para decir las cosas como son, un testículo: AAAHHHHHHHHH.

Lo más pendejo del asunto es que, al mismo tiempo que su grito, comenzó a sonar en el radio del coche una canción de ¡Toy Monstruos!, una canción muy famosa cuyo nombre se me va, una canción en donde el vocalista pega un grito idéntico al de mi “amigo”: AAHHHH. Y los dos gritos, el de la garganta de Bernardo y el del radio, acabaron pegados, trenzados, uno con el otro, cosa que Bernardo aprovechó muy hábilmente para de plano encaramarse en la letra de la canción y, bueno, se puso a canturrearla, sin parar de gritar y llorar, con mucho sentimiento, sobre todo la parte esa que dice:

FADAAAAAA...

I DON'T WANT TO DIE

I SOMETIMES WISH I'D NEVER BEEN BORN AT  
OOOOOL

Bernardo cree que soy su niñera y que me encanta presenciar estos desfiguros, pero un día me voy a cansar y dejaré que se lo lleve la chingada, simplemente.

Allí lo tenemos, retorciéndose frente al volante, brincando en el asiento, rugiendo como un mono, parece que va a colapsar:

–Imgona kill him right neuuuu, that's what imgona do. gonna kill hiiiiiiiiim.

KRASH nos estrellamos contra un poste.

Clap clap, se escuchan aplausos y risas grabadas. Todo parece un programa de televisión.

Yo, como soy responsable, llevaba puesto el cinturón de seguridad y no me pasó nada. Bernardo, en cambio, lo que hizo fue que se partió la jeta contra el parabrisas. PUC fue a estrellarse. No se mató, qué lástima, pero sí se partió su puta madre y cuando, después de mucho forcejear, logró desprender su cara de entre los vidrios... le sangraba la nariz y uno de los ojos también y parecía que llorara sangre y la

verdad que se veía chingón así, muy artístico, “llanto sangriento”, hasta me dieron ganas de tomarle una foto, el caso es que agarra el pendejo y se baja del carro y entra corriendo, con los puños en alto, como si estuviera celebrando, en La Cucaracha, la pútrida cantina esa, porque mero allí enfrente nos habíamos ido a defenestrar.

Y pues qué otra me quedaba. Me bajé del carro y lo seguí.

## TESTIMONIO DE UNA MADRE MALA-ONDA

Esto me contó una muchacha cuyo nombre prefiero no revelar, mientras paseábamos por una de las avenidas principales de Perro-Podrido:

Siempre me repugnó la idea de ser madre. ¡Prefiero tener un perro que un niño! ¡Prefiero yo misma convertirme en rata, una rata inmunda de tres colas y muchos ojos, antes que tener un niño! Este tipo de frases me gustaba decirlas en voz alta, en tono juguetón, canturreándolas incluso, frente a mi propia madre, quien al escucharlas no podía evitar que la invadiera una mezcla de espanto y pesar. Hasta la hice derramar algunas lágrimas, en cierta ocasión. Y qué risa me daba mirarla llorar así, por algo que sólo era una ridiculez. Ahora bien, aunque odiaba la idea de ser madre, amaba coger y lo hacía con vehemencia, con rabia, con el descuido más alegre. Nunca usé condón (no me sabía). Y si pasaba una semana sin por lo menos haber fajado con alguien, con quien fuera, me deprimía terriblemente. Nunca tuve tampoco lo que se dice un novio. Los novios quieren todo, se enamoran de una, por más que una les diga: no lo hagas, mira que soy una puta, en serio... No, de nada valen las advertencias. Allí van a entregarte su corazón, los imbéciles, y qué hace una con un corazón en la mano. Es bochornoso. Al final me embaracé, por estúpida. Mejor dicho, un pendejo que me amaba me embarazó para que yo estuviera siempre junto a él, ¿qué crees?, lo mandé a la chingada (me hizo un drama griego) y en seguida traté de abortar, lo intenté de mil maneras. Nada sirvió: el maldito de mi hijo estaba pegado a mí como una garrapata. ¡Con

que esas tenemos!, le dije. Me puse a beber a lo bestia, comencé a fumar (diario media cajetilla) nomás por chingarlo. Mi embarazo fue una pelea entre “esa onda” que iba a ser mi hijo, y yo. Al final ganó él. Nació vivo, el infeliz. Vivo y completo, aunque eso sí, un poco verdecito y arrugado. ¡Estás contento, ah!, fue lo primero que le dije, cuando al fin nos vimos cara a cara, sacudiéndolo, con ganas de arrojarlo al piso. Pensarás que soy una pinche culera. Y estarás en lo correcto. Yo miraba a mi hijo a los ojos y no sentía por él ni un asomo de cariño. ¿Instinto maternal? ¡JAJAJA! Lo hubiera perdido a propósito en cualquier calle, en cualquier muladar, de no haber sido por mi madre, que lo atesoraba, como si fuera no sé qué, y estaba de continuo protegiéndolo. Y no me deshice de él también por otra razón, que ahorita te voy a decir: salió con talento. Yo no sé amar, me caga el amor, pero sé respetar, y respeto el talento. Mira, fue así: una tarde estábamos viendo la tele y yo me di cuenta de que él, en lugar de mirar la película, estaba escribiendo cosas. No sé de dónde había sacado una hoja y una pluma y estaba dale que dale escribiendo. Más de cinco meses de nacido no debía tener. Lo miré un rato, hasta que ya no pude resistir y le pregunté: qué mierda haces. No me contestó. Lo único que hizo fue babear un poco y un ruidito: baahh. Le dije BASTA. Y nada, seguía con su escribidera. Cada letra le tomaba un minuto dibujarla. Entonces le arranqué el papel y... un poema, ¿lo puedes creer?, estaba haciendo un poema, el estúpido. Primero me encabroné, porque yo soy mucho de encabronarme, tuve ganas hasta de soltarle una cachetada. Quién se creía. Quién te crees que eres, le dije. Baaaaah, me contestó. El poema no llevaba título ni estaba terminado pero iba más o menos así: yo soy tu corazón, mamá/ tu propio corazón hecho pedazos/ una víscera de ti/ arrancada de tu propio pecho/ es lo que soy/en tus manos/ en la soledad de tus manos/ que son el mar/ una infinita pradera de agua/ por donde... Era todo. Qué fea letra tienes, le dije, con el



único propósito de hacerlo sentir mal, pero en el fondo, lo admito, estaba impresionada. Cinco meses. Tal vez cuatro, tal vez ocho. No importa. ¡Quién te enseñó a escribir, jodetuputamadre!, le grité; porque yo no había sido, de eso estoy segura, ni mi madre, que es analfabeta. ¿Así que te crees mucho?, le grité. Baaah, dijo él. Vete a la mierda, le grité de nuevo y ya lo dejé tranquilo. Terminó su poema, que al final se tituló ‘El mar de tus manos’. En seguida hizo uno acerca de mi pelo. De allí se reventó otro, más chingón aún, dedicado a mis ojos. Un poema diario me escribe, el malnacido, desde entonces, y todos los concluye con “te amo, mamacita”. Allí es donde la caga, el pendejo. ¡Que no te enamores de mí, cabrón!, le digo a cada rato y él más aún me mira (típico hombre) con sus ojos de perrito adormilado.

–Así que madre de un poeta –dije.

–Tal cual.

–¿Y de verdad que...

–Lo respeto. Es talentoso. El talento remunera. ¿Vamos a coger o qué chingados?

Paseábamos los tres (el niño, que ya tenía cuatro años, caminaba de aquí para allá por su cuenta), por una gran y lúgubre avenida, bordeada de edificios antiguos abandonados.

## EXPO

Conocí a La Muchacha hace unos cuantos meses, en la biblioteca de Perropodrido; se realizaba una exposición de desangramientos. Participábamos en total veinte artesanos. Así nos llamaban.

En el centro del salón habían instalado una mesa redonda y cada quien pasaba según el sorteo que se había realizado previamente. Agarrabas una navaja (había veinte, en fila) y te desangrabas. Tú podías elegir en qué parte del cuerpo hacer la incisión, a qué velocidad, y si querías al mismo tiempo recitar un poema, eras libre de hacerlo. Al final también tú decidías qué hacer con la sangre. Podías bebértela o tirarla al piso. Eras libre.

El primero en presentarse fue un chavo, casi niño, de greña verde y gafas gigantescas. Lo que hizo fue rebanarse la puntita de la nariz, muy rápido: zimmm. Provocó muchas risas. El Payaso, llevó por título su pieza. Podías ponerle título, si querías. Después hizo un bizco y se desmayó. Paz, cayó como una tabla. Le aplaudimos. Entonces pasó una chava y se cortó uno de los pechos (que además estaba pintado de negro) justo en el pezón, y de pronto fue como si un ojo de oscuridad estuviera llorando lágrimas rojas. Ella igual lloró, con sus ojos normales, en silencio, sin hacer ninguna mueca.

Otro chavo, un chavo-señor, vestido de azul impecable, se practicó un pequeño corte en cada una de las yemas de los dedos de ambas manos, mientras cantaba una cumbia romántica en voz hiper bajísima. Luego, una por una, se chupó las heridas con divertido deleite.

El siguiente expositor (un wey gordo) con el filo de la navaja se dibujó una línea en torno al cuello: un collar, parecía eso, y no

paraba de crecer. Sangró sangró sangró. Y así comenzó a bailar, con las piernas abiertas y haciendo remolinos con los codos.

Cuando llegó mi turno ya el mantel estaba cubierto en varias partes de manchas que iban del rojo al negro, pasando por el violeta y el rosado. Me daba nervios (además de las navajas que yacían por el suelo, manchadas y escurridas, lúbricas, y del perfume obsceno de la sangre) estar cercado por aquella oscuridad llena de ojos. Lo que yo hice fue cortarme la mejilla izquierda mientras imitaba el canto de un mirlo. Desde luego, no tengo la menor idea de cómo cantan los mirlos. Después me toqué la herida, miré mis dedos manchados y exclamé: ¡La polla! Era un número cómico, según (en los ensayos incluso escuchaba yo las carcajadas imaginarias), pero no hubo ni el asomo de una risa. Me llené de puntitos de sangre la cara (esto lo improvisé) y salí de la escena con gran parsimonia.

Cuando finalmente le tocó su turno a La Muchacha se hizo un silencio blanco.

Traía el pelo suelto hasta los hombros y estaba vestida de púrpura. Andaba de ojeras. Agarró cualquier navaja sin pensarlo demasiado (la elección del instrumento solía tomarnos por lo menos un minuto) y la miró durante un larguísimo tiempo, eso sí, como si fuera a tratar de comérsela. Sus labios palpitaban y... tuve una erección, no lo pude evitar. Al fin, después de hacer un leve (ilegible) susurro, se cortó los labios, primero el superior, después el inferior, con tremendisíma lentitud, una lentitud exasperante, y cuando la navaja había surcado por completo los dos labios y había desaparecido del proscenio de su rostro, hasta entonces, La Muchacha se permitió un mínimo gesto de queja... que al punto se reprodujo en mi cara (supongo que en otras caras también); justo allí, como apremiada por un domador, la sangre principió a manar -hubo una exclamación asordinada de los otros artesanos- y ella se la fue bebiendo. Su lengua rosada resbalaba ¡esculcaba! en la herida,

que era dos heridas y yo pensé, porque soy un cursi, que su sangre debía saber muy dulce. Luego hizo escalar aquel insecto baboso que era su lengua hasta su nariz y lo introdujo en las fosas nasales que inhalaron con avidez. Bajó los párpados y procedió a lamérselos, a embarrárselos con aquella lengua larguísima. Junto a mí escuché que alguien se masturbaba.

Fue todo. Cuando La Muchacha recobró la consciencia, porque aquello fue como un trance, tomó con gran propiedad una toalla y se limpió. Dijo ‘gracias’ y así, con la toalla pegada contra la boca, volvió a su lugar.

Se presentaron cinco o seis piezas más que no recuerdo. Yo sólo pensaba en La Muchacha, en su dulzura.

Terminando de pasar los veinte que éramos, FAM: se prendieron las luces. De golpe todo se volvió vulgar. Unos viejos vestidos de verde irrumpieron en la sala; retiraron la mesa y trapearon el piso, que estaba hecho un asco. Entonces vino un funcionario y dijo un discurso, ¡un discurso! y tuvo lugar la consabida entrega de constancias. ¿Para qué sirve una constancia?

La Muchacha cuando la llamaron ya había desaparecido.

## CHOTO

Soy un hombre de tristeza fácil. Cualquier tontera, cualquier minucia basta para ensombrecerme. Un sonido, un color, un gesto. Hay personas de corazón alegre que podrían atravesar, incommovibles, las neblinas más espesas, las tormentas más devastadoras; imagino un corazón alegre como un artefacto de acero, reluciente, lleno de gruñidos. Mi corazón, en cambio, ¡ay! está hecho de calcetines rotos, figuritas de porcelana, tablas viejas y canicas; es algo que no se entiende bien, mi corazón; que apenas guarda una forma y que muy de vez en vez (cuando no está entretenido desmoronándose), como una estrella solitaria en medio de la noche, brilla.

Recuerdo la vez que fajé con Marilú Rodríguez.

Marilú es de esas chicas de pelo largo y sedoso, que cantan y bailan y tienen la piel de durazno. Yo nunca imaginé que posaría sobre ella nada más que mis tristes miradas. Pues bien, allí estábamos, en la cocina de su casa, al final de una fiesta, entre pilas y pilas de platos desechables y latas vacías de cerveza, dándonos un agarrón. Mis manos, igual que dos niños por una juguetería, iban y venían por su cuerpo, estrujándolo todo, todo lo querían desenvolver, y los ojos de Marilú Rodríguez, cuando de repente los abría para mirarme, eran...

De fondo sonaba una rola de Los Runkers.

No llegamos más lejos, pero ni hizo falta porque yo estaba que no podía creer en mi suerte. Cuando salí a la calle y observé el cielo azul, con sólo algunas nubes adornándolo, pensé... no sé lo que pensé. Hasta debo haber suspirado.

Me subí a una combi: por las ventanillas fueron pasando las banquetas, las esquinas... yo pensaba en el FUTURO, en el mismísimo futuro, con letras grandes: lo miraba henchido de promesas.

En resumen: mi corazón titilaba.

Entonces ocurrió.

La combi se detuvo.

Una señora trató de subirse.

¡Una señora con muletas!

Y varias personas intentaron ayudarla.

El problema fue que las muletas no acababan de entrar en la combi, se trababan entre ellas y la viejita no sabía de quién agarrarse: todos la querían ayudar al mismo tiempo. Al final se hartó, dijo “a la chingada” y BAM, cerró la portezuela. Ya no se subió. La combi arrancó de nuevo y yo la vi a la señora por la ventana, en la banqueta, con la mirada gacha, tal vez maldiciendo su suerte. Es todo.

El resto del viaje no hice otra cosa que pensar en aquella señora, casi era una viejita. La imaginé allí sola, en su casa, una casita destartalada seguramente, comiendo un chayote cocido. Luego cometí el craso error de acordarme de mi propia madre, que también es casi una anciana y que no tiene a nadie en el mundo, ¡que sólo me tiene a mí!, que es peor que no tener a nadie en el mundo. Y listo, cuando bajé de la combi estaba hecho una papilla.

El resto del día lo pasé tratando de leer una novela y llorando.

Por la noche sonó el teléfono. Era Marilú.

Me dijo lo que siempre me dicen las mujeres: –Hola, estúpido.

Luego echó a reír con esa risa que ella tiene que es como un pez dorado.

Y dijo: –Invítame a salir, idiota.

Guardé silencio, un silencio pesado como varios ladrillos juntos, hasta que respondí: –Marilú.

Y Marilú: –Qué pedo.

Y yo: –Marilú...

A continuación le platicué lo que había pasado. ¿Pero qué había pasado?

Marilú no entendió nada.

–Una señora... –le dije– trató de subirse a la combi... con sus muletas.

–¡KHEEEEEÉ!

–Marilú, dónde estarán los hijos de esa señora, ¿tendrá hijos? ¿Alguien llorará por ella cuando muera? ¿Y por nosotros, Marilú? ¿Alguien llorará por nosotros cuando no estemos aquí?

Marilú, desde luego, colgó, ¡supercolgó!, y en la bocina del teléfono se empezó a escuchar el mar, el vacío infinito de todos los mares. Esa es la historia.

Unos días más tarde se la conté a Torruco, mientras bebíamos unas caguamas, y su única respuesta fue: –¡Pinche Choto!

Y pasó a relatar, con groserías y ademanos, Torruco no puede hablar de otra forma, lo que hubiera hecho él en mi lugar: Ay, lo que le hubiera sucedido a Marilú Rodríguez, en alguna dimensión paralela, si él hubiera sido yo. En resumen, la hubiera tronchado a pingazos.

Y siguió diciendo: –¡Choto, choto choto! –mil veces entre carcajadas.

## LA QUIETUD

Torruco me ha pedido que lo acompañe esta noche porque tiene que ir a madrear a alguien porque de eso chamea, ¿no? Y le digo: ya quisiera yo que me pagaran por putear personas. Y él me responde lo de siempre: que estoy bien pendejo. Ahora bien, no es que Torruco necesite de mi ayuda, no no no. Esto es como una clase para mí, para instruirme. “Para que aprendas algo, por una vez en tu perra vida, wey”.

Según Torruco yo no sé nada del alma humana. Puede que tenga razón.

Vamos en su carro (un Tsuru nuevito) recorriendo el bulevar; Torruco va silbando una canción contemporánea y de repente saca de uno de los bolsillos de su camisa un papel y me lo entrega.

Dice así: Don Torruco, le pido de la manera más encarecida que le parta su puta madre a Fulanito (aquí vienen los datos), porque se cree mucho porque está bien guapo, ¿no? y es la mar de gentil con todas las personas, ¡un insufrible!, y encima, como si no fuera suficiente, anda saliendo con la chava que me gusta, quién se cree, ¿verdad?

Nos estacionamos al fin (nos ha tomado media hora llegar) a un costado del edificio de Teléfonos, porque el wey que va a madrear Torruco trabaja allí. Es casi la media noche y por la calle no pasa ni el alma de un perro. Sopla un viento bien fresquito, eso sí.

—Adoro mi trabajo—, dice Torruco; saca de la guantera un paquetito de papel periódico, lo coloca sobre sus piernas, lo abre y empieza a forjar.



—Alguna vez cuando era joven pensé en dedicarme a esto de forma legal, ir a un gimnasio, salir en la tele, tener patrocinios, ya sabes.

—¿Qué pasó?

—Tuve la buenisísima suerte de toparme con un tipo que sabía pelear mejor que yo. Que sabía pelear, mejor dicho, porque yo nomás tiraba golpes a lo bruto. Y además estaba grandísimo, el hijo de la verga, un toro, así, enorme. Pero yo no sabía lo que era el miedo, en aquel entonces. En aquel entonces yo madreaba un cabrón diario, ni siquiera por negocio, por puro pinche gusto.

Aquí me ofrece el so called churro, para que yo le dé el primer golpe. Y le digo: no, gracias. Y Torruco: ¿No? Y yo: No.

Torruco me mira de una forma que mejor ni describo y continúa con su relato: -Un día el toro y yo nos encontramos. Mis amigos hicieron que nos encontráramos, y que le digo: pues yo sí te parto tu madre, pinche puta. Así, de la nada. Fui y le dije eso, me gustaba provocar. Y sopas, nos trenzamos. Y pues la neta sí me partió mi madre. No sólo eso: me dejó quieto. Quieto, ¿entiendes? Me hizo ver el nirvana, a punta de riatazos. Y sí, también me chingó un pulmón, el muy mierda... Allí está.

Torruco apaga el famoso churro, con los dedos, y sale del carro.

Acaba de doblar la esquina, en efecto, un tipo alto, delgado, bien vestido; va fumando un cigarro, de los normales, y Torruco, rengueando, se le acerca, veo cómo se le acerca, y alcanzo a escuchar que le dice: —Carnal, ayúdame, es que mira cómo traigo mi pierna.

Y el carnal: —Pues qué te pasó, cuate.

Y Torruco: —Me chusié con un fierro, carnal, échame la mano.

El carnal revisa sus bolsillos, ¡chale!, saca una moneda y se la ofrece a Torruco, pero éste en lugar de aceptarla, PAZ, le da un bofetadón. La moneda tlin tlin rueda por el suelo. El carnal no sabe qué hacer, está desconcertado, no entiende nada. Y Torruco

(ya moviéndose con algo más de soltura): –Defiéndete, carnal, no mames, defiéndete. Y PAZ PAZ PAZ.

El tipo jamás agarró la onda de que lo estaban atacando, de que la bronca era contra él, y Torruco en un parpadeo lo botó al piso, le partió la boca y lo dejó inmóvil.

Con la misma giró sobre sus talones y regresó al carro.

Ahora va fumando lo que resta del churro, mientras el viento le mece el cabello.

–El alma humana es un pinche misterio, me gustaría que te dieras cuenta, wey, para que ya no estés tan estúpido.

–Estoy muy estúpido, eso es verdad –le digo.

–Una vez me contrató un señor, el tipo más triste que he conocido... quería que me lo madriara.

Torruco suelta el volante, se olvida del Tsuru por un momento, se cubre la cara como si le ardiera:

–Me dijo: yo necesito urgentemente una buena putiza.

–¿Y se la diste?

–Se la di bien dada. Le costó cinco mil varos.

\*

Recuerdo los primeros diez minutos de la peli, nada más. Calixta empezó a mentar madres, no bien ocupó su butaca: ¡pinche mierda, qué hacemos aquí! No es muy fan del cine, ella. Torruco sacó de no sé dónde un botellón de vodka, como de litro y medio, le pegó un largo trago y luego nos convidó. Calixta no quiso beber nada, ni un sorbo, así que el botellón terminó en mis manos y ya no salió de allí. Conforme le fui dando sus traguitos fue pasando lo que tenía que pasar, me fui poniendo pedo, la pantalla del cine se puso chiclosa, la trama de la peli se volvió ininteligible, después hubo unas disolvencias bien supercabronas. Un fundido a negro. Una laguna. Un corte. Muchos cortes.

Lo siguiente que recuerdo es que estamos adentro de un taxi. Yo voy vomitando por la ventana. Torruco va mentando madres. Calixta va risa y risa.

Corte.

Ahora corremos por un descampado. Hay montones de piedras y yo a cada momento me tropiezo y estoy por dar contra el piso pero Torruco y Calixta no permiten que me caiga, me jalen el pelo, me toman del brazo, me mientan la madre, me arrastran. Soy un muñeco de trapo. Un muñequito de trapo. Un muñequito.

Un corte más.

La Casa es de madera y lámina. El piso de tierra y de cartón. Hay dos, tres muebles destripados pegados a las paredes. Uno va y se sienta donde puede. Hay goteras y una sola bombilla que alumbraba como una luciérnaga.

Todos hablan a los gritos acerca de todos los temas posibles y los que no están discutiendo están bailando, besándose, bajo aquella lucecita lívida, y nos pisotean los pies a los demás. La música, y por música me refiero a cumbias y reguetones, brota de un estéreo enorme que ocupa toda una pared y que es como un retablo.

Recuerdo que bailé: poquito, solo y mal.

## EL HOMBRE QUE APESTABA

El hombre que apeataba en realidad no apeataba tanto. No es que oliera a perfume tampoco, mas no despedía ningún hedor particular, aparte del hedor normal que despiden todas las personas. Ah, pero según él sí, apeataba recio, desde niño. Era un hombre gordo, medio calvo, que sudaba y bufaba sin parar.

Yo apesto a camarón y a orín de perro, compañeros- así dijo-. Apesto a la vagina de mi mamá porque a mi mamá le olía muy fuerte eso y me impregnó con el aroma. Pasar por su vagina, lo recuerdo bien, fue como pasar por un aro de fuego y de inmundicia. Por más que me he bañado desde que nací, ya no se me ha desprendido aquel tufo. En la escuela me hacían burla los demás niños, me llamaban El Mierdo y se tapaban la nariz cuando iba yo pasando. Ninguno hablaba conmigo. Les daba risa mi olor, les espantaba mi olor, mi olor mi olor.

Mi mamá se introducía comida allí, de puro gusto. Una noche la descubrí metiéndose animales muertos, tal como lo oyen, tarántulas y lagartijas; de allí mismo, de ese muladar, había salido yo, un pobre animalito vivo. Escuchen: mi cuna siempre estaba cundida de moscas, de toda suerte de alimañas que se aglomeraban a mi alrededor, atraídas por mi pestilencia. Yo lloraba, me revolví, esperando que alguien acudiera para defenderme....¡Alguien!

A veces, compañeros, cuando estoy bebiéndome un café, mirando por una ventana, siento que de pronto se me escapan por las axilas, o por el cuello de la camisa, los gusanos y las cucarachas ¡Creo que me estoy pudriendo en vida! (El hombre que apeataba se interrumpió un

momento precisamente para matar unos bichos que le caminaban por el brazo, unos bichitos que nadie más veía, sólo él).

Y continuó: cuando tenía veinte años intenté dedicarme a la música. Al rocanrol, para ser más específico. Supongo que era previsible. Supongo que lo hice para desahogar el odio que por mí mismo sentía. Mas ni en eso pude prosperar, a causa de mi peste. La banda de la que quise formar parte se llamaba Los Excluidos del Mundo, Los Que No Le Importan a Nadie, algo así. Ensayábamos en un sótano sin ventilación en donde menudeaban los eructos y las flatulencias. Había pomos regados en el piso, comida echada a perder. ¡Ni allí logré pasar desapercibido!, incluso en aquella sentina mi descomunal aroma destacaba. Nunca me dijeron nada mis colegas, oh, no, pero yo notaba que se reían de mí a mis espaldas, hacían snif snif, como burlándose. No lo pude tolerar, simplemente dejé de asistir a los ensayos. Después pensé en formar mi propia banda yo solo, yo y nadie más, que se llamara El Excluido de los Excluidos, pero apenas imaginé los auditorios desiertos (la gente, al sentir mi hedor, saldría corriendo a la calle, sin duda) desistí.

Estoy condenado al fracaso porque nadie me soporta, ni siquiera yo. Los únicos que más o menos me toleran son mis pares: los otros pestilentes que merodean por allí como tarántulas... Mis novias (¡he tenido novias!) han sido siempre unos esperpentos: Mujeres de dientes podridos, pedorras y vetustas, de sesenta años por lo menos, que me recuerdan a mi madre. Las pinches mujeres no han tomado un punto de reposo a la hora de perjudicarme. Las que no me han traicionado me han pegado, las que no me han pegado me han escupido. Pero no merezco nada mejor, lo sé lo sé (aquí, el hombre que apestaba entornó los ojos y con una de sus manos gordas hizo una seña como pidiéndonos por favor que no quisiéramos convencerlo de lo contrario, cosa que al menos a mí ni se me había ocurrido).

Soy velador de un cementerio, prosiguió, así me gano la vida. No gano mucho. Tampoco es que viva demasiado. Solamente los muertos, que están más allá de todo, esto sí lo puedo afirmar, no me han mostrado ningún rechazo, me aceptan sin ninguna clase de resquemor. Y aun así temo que cualquier noche de estas, alertados por mi fetidez, decidan revivir, pero ya sería demasiado, ¿no es cierto?

El hombre queapestaba, después de dar su testimonio, se levantó de la silla, volvió a sentarse, volvió a levantarse y por fin se marchó, no sin antes darnos las gracias por haberlo escuchado y por haber soportado su olor (según él) desquiciante.

## LA MUJER QUE COGÍA

Buenos días, me llamo Marianita, Manianita Lanudo- dijo la mujer fornida, pelirroja y desmaquillada- no Mariana, Marianita. Así me bautizó mi padre. Mi padre fue un santo que ahorita de seguro me observa desde allá arriba no sé si con orgullo. Mi problema, señores, es que cojo demasiado. Cualquiera que venga y me diga tres cosas bonitas puede poseerme. No me resisto. No me sé negar. Y lo lamento.

Ay, pero no vayan a pensar que soy una ninfómana. ¡Por dios! El sexo me es más bien indiferente. Yo soy de esas personas que podrían pasar toda su vida sin saber de arrebatos carnales.

En el fondo, en el cimiento luminoso de mi corazón, mi problema es que amo a los hombres, a la humanidad, y no puedo evitar apiadarme de ellos. Compañeros, yo si veo un hombre sediento corro a darle de beber. Así me enseñaron. Una puede leerles a los hombres la sed en los ojos. Y una no puede quedarse así, sin hacer nada.

La piedad tiene sus riesgos, lo sé. He dicho: ‘cualquiera que venga puede tenerme’, pero son pocos los que en realidad vienen directo a mí para saciarse, y no porque no me deseen, pues mi cuerpo, como pueden ustedes verificar, es por demás apetecible. Con toda modestia lo digo. Yo no pedí ser así.

Compañeros, mi virginidad la perdí con un cura. Se llamaba Palmiro, el miserable. Le gustaban las mujeres, lo que es raro en un cura, y arrastraba la lengua de lo sediento que estaba. Le temblaban las manos, ¡los ojos! Yo me di cuenta de cómo me



veía, como si de plano me quisiera destruir a talegazos, con perdón del término, así que una mañana (estábamos nada más él y yo en la casa cural) se lo dije: padre, aquí estoy. Él no se dio por aludido. Muy de curas. Tragué entonces un puñado de saliva y me alcé la falda, hasta arriba, hasta arriba. Insistí: padre, soy un vaso de agua. Al escuchar esto, al ver, el padre Palmiro brincó sobre mí, ahora sí, como el que brinca dentro de una alberca... Fue un chapuzón, tal cual, que no debió durar más de un minuto y cuando terminó, todavía sin bajármeme de encima, empezó a gritar que yo era esto y lo otro y lo otro. ¡Una de injurias! Y en el siguiente sermón que dictó, que lo escribió con mucho afán, por cierto, se dedicó a difamarme. ¿Qué pasó después? Me dejaron de hablar, de un día para otro, los que antes eran mis amigos. Alguno incluso me escupió a la cara. Sí, me relegaron.

Aprendí entonces que debo ser cuidadosa.

Desde luego, he tenido días muy oscuros. Pero quién que sea persona no los ha tenido. Quién que esté vivo no ha pensado lo peor alguna vez. Tengo por norma nunca repetir de hombre y sin embargo lo hice. Me he enamorado, sí, de tres pelafustanes. Mientras menos me necesitaban, más yo me les aferraba. Mientras más me sobajaban, más yo les quería regalar mi corazón. La vida es así, al fin y al cabo. Protegerse no tiene sentido. Una se hunde, surge otra vez. No pasa nada.

Lo que más me duele, compañeros, es la fama que me cargo. Me han tachado de ser una puta lúbrica. Estoy, como se dice, completamente desprestigiada. Yo, que le he dado de beber a tantos. ¡Yo! Bueno, si así debe ser... La piedad es un arma, un cuchillo, algo que de pronto gira y se nos entierra.

No, lo que más me duele en realidad, compañeros, es que mi hermana, sin deberla ni temerla, sufre por mi culpa. Mi hermana... ustedes no la conocen, es una santa, una mujer bellísima que

apenas da un paso después del otro, que apenas levanta la voz en la calle por no darse a notar. Cuando alguien le habla de mí se torna irascible: ¡YO NO LA CONOZCO, YO NO SÉ QUIÉN ES!

Un día, fue una impertinencia de mi parte, le propuse que saliéramos juntas, a calmar la sed de nuestros prójimos. Verán lo que hizo: echó a llorar, como una santa. Y luego me corrió, sí, me ha pedido que me vaya del departamento y... es todo, compañeros, no tengo más que decir.

Marianita Lanudo, la pelirroja desmaquillada, juntó las piernas, que había mantenido abiertas hasta entonces, y miró hacia la ventana, donde se apreciaba un cielo, cómo decirlo, burlonamente azul, y yo pensé que sus ojos eran los ojos del abandono.

## ESTOY JODIDO

Es lo que dice la gente. Y yo, aunque no me encante admitirlo, suelo hacer caso de lo que la gente dice. Y si la gente andaba por allí opinando que yo estaba jodido muy seguramente era verdad.

Acudí, pues, a un grupo de ayuda.

Y qué alivio fue encontrarme con otras personas que estaban mucho peor de jodidas que yo.

Quiero rememorar el caso de un muchacho, en realidad un señor joven, lampiño, con algunas canas en las patillas, que fumaba un cigarrillo aquel día, mejor dicho, dejaba que un cigarrillo se consumiera entre sus dedos, pues en ningún momento lo probó.

Tenía los ojos abotagados y después de pensarlo un buen rato, dijo lo siguiente:

Buenos días, me llamo Ramón. Y me quiero morir porque ya no hay quien me ame. Porque nunca habrá quien me ame. Porque odio el amor. Mi historia empieza con que yo tenía una novia. Muy linda y así. Pero yo le pegaba, le pegaba, compañeros, porque me emputaba que fuera tan alegre. Odio la alegría. Eso ya lo sospechaba desde antes pero ella me lo terminó de revelar. Se llamaba Lupita y preparaba postres, es lo que hacía, preparar postres. Gelatinas, flanes, helados... La infeliz gozaba de aparecerse cualquier noche frente a mi puerta, con aquella sonrisa suya y algún postre entre las manos y ¿qué hacía yo?, ¿le daba las gracias?, ¿le daba un abrazo y un beso? No, señores, la regañaba. ¡Por qué siempre tratas de alegrarme!, le decía. Y pac, le metía uno, dos, tres coscorrónes. Al final me abandonó. Me abandonó bien abandonado. Y yo lloré

porque comprendí, señores, que no había nacido para ser amado ni para estar acompañado de ninguna forma. Yo era un hombre solo solo solo. Y lo mejor iba a ser que ya me muriera. Y me hubiera matado con gusto, ¡no tenía para qué más vivir!, si no me hubiera enterado de que Lupita ya estaba saliendo con otro. Fue un rumor que escuché al pasar. Y no podía morir sin confirmarlo. Cuando la viera, besándose con aquél... sufriría sin duda un paro cardíaco y no tendría más opción que morirme. Así pues, me di a la tarea de buscarla. Mi pesquisa fue breve. La vi nada menos que en el cine, el que había sido nuestro cine favorito... de la mano de... su nuevo amor cof cof.. eso no fue lo grave cof cof, lo verdaderamente grave... ¡oh, mi Dios! (aquí Ramón se agarró el cuello como queriendo ahorcarse a sí mismo, empezó a sollozar y así estuvo un larguísimo minuto)... Lo verdaderamente indigno es que su nuevo amante era un enano. Sí, señores. ¡El Otro, el que me había robado el corazón de Lupita, era un enano que aparte de todo era negro! (un minuto más de sollozos). Estaban comiendo los dos un helado en la cafetería del cine. Cof. Un helado en parte de fresa, en parte de chocolate. Cof. Ella le daba primero a él una cucharadita en la boca. Luego él a ella. El hecho de que yo no haya estallado en cachitos en ese preciso instante me sigue pareciendo totalmente incomprensible. Caminé hacia ellos, con los ojos hechos un mar, y cuando me vieron venir aun tuvieron el descaro de saludarme. Hola, Ramón, dijo Lupita, con su pinche sonrisa hermosa. Y el enano negro: Quihúbole, padrino. Tenía, ¡el malhadado! la voz más aguardientosa y varonil que haya escuchado nunca. Y yo no podía ni hablar. Mi garganta estaba hecha polvo en esos momentos. Quería gritar, insultar... Me puse a temblar como una maldecida hoja. El enano negro, notando que de mí no cabía esperar demasiado, decidió iniciar un discurso. Pasó una servilleta por sus labios gruesos, por el par de morcillas que tenía por labios, y dijo, con su voz rasposa: “Padrino, tenías

una flor en tus manos que no supistes proteger. Creíste que eras inmortal y no viste los límites. Hay que conocer los límites. Yo los conozco- y bajó sus manitas abiertas como diciendo ‘mírame’- pero tú no conoces nada. Y lloras como una lombriz. Estás perdido, padrinito, siempre lo estarás”. Todo esto dijo el miserable. “¿Tú sabes por qué Lupita me ama? Porque sé lo que quiero en la vida y lo que no quiero. Y porque la tengo grande, sí, también por eso”. Estábamos en un centro comercial, rodeados de personas. Ya saben cómo son Las Personas. Apenas el enano terminó de hablar estallaron los aplausos, LOS ESTÚPIDOS APLAUSOS. Como no podía gritar, lo que hice fue tirarle una temblorosa patada para que viera que sus discursos eran basura; alcancé a darle, en el pecho, y lo tiré de la silla. En el suelo agitó sus patitas como lo hubiera hecho una tortuga, luchando por incorporarse y cuando estaba preparándome para caerle encima y destazarlo a puñetazos, me sujetaron dos tipos y no, no me pegaron a mi vez, los muy buenagente, me dijeron nada más: “ya llégale, wey”. YA-LLÉGALE-WEY. Me fueron empujando hasta la salida y me dejaron en la calle. Todavía, de lejos, alcancé a ver cómo ella lo consolaba, al enano infernal. Cómo se abrazaban. Luego pasé varias horas merodeando por ahí, antes de llegar a mi casa. Y cuando lo hice me derrumbé sobre el tapete de la sala. Allí pasé la noche, compañeros. Los días posteriores estuve pegado al teléfono, esperando su llamada. Sí, yo pensé que Lupita me hablaría para pedirme perdón, para decirme que volviéramos y...

Fuck, pensé.

Ramón se mordió una mano, cerró los ojos duro, como si fueran puños, y estuvo sollozando fácil unos diez minutos más, mientras el resto de nosotros guardábamos un educado silencio. Yo lo miraba, fascinado, tratando de no partirme de la risa. Uno que estaba junto a él, no sé si en broma o en serio, comenzó a darle palmaditas, tap tap.

Cuando acabó la sesión me levanté de un brinco y salí del edificio caminando a pasos largos-largos-larguísimos ¡y canturreando! Estaba muy contento, la verdad.

## SEÑORA TÍPICA

Mi tía Camila es una señora típica. Más típica que ella no se puede ser. Creció en familia pobre y cuando digo pobre en realidad quiero decir miserable. Veinte hermanos en total: Camila tenía que cuidarlos a todos, a cambio de lo cual ellos la trataban con la punta de la verga. Su papá llegaba de la chamba y Camila estaba siempre allí, esperando, sentada en el suelo, para darle un masaje de pies. De eso trataba su vida: servir servir servir. Hasta que FLOP la abandonaron todos. Un ratito se distrajo y BAM, estaba sola. Su mamá se suicidó, sus hermanitos agarraron rumbo, cada quien por su lado. Uno se volvió ratero, el otro matagatos... Lo típico, pues. Y su padre, un borracho de los que vomitan diario, se alzó por encima de ella como una sombra y le dijo: ya búscate un pinche hombre. Camila nunca había tenido ni siquiera novio, pero tomó sus cositas (un pedazo de cartón, unas chancletas) y se fue directo a la chingada, que es a donde su padre la había mandado, y en ese lugar encontró a un hombre, o mejor dicho se estrelló contra un hombre. Un día dobló una esquina y listo, allí estaba él, aguardándola. Un tal Ramiro. Un amante de las botas y las hebillas que no hizo más que madrearla y embarazarla. Pau pau pau. Casi la funde, a punta de madrizas y embarazamientos. Una joya de persona, el tal Ramiro. Después de que le destruyó la vida se fue, salió corriendo, el infeliz. Lo típico. Ahora bien, de los nueve o quince hijos que tuvo Camila con ese cabrón, uno murió de sida, al otro lo atropellaron, el otro se metió de violaperros, los demás no recuerdo. ¡No puedo recordarlo todo! El punto es que ninguno sirvió para nada, ¿lo oyes? Y la pobre

Camila quedó sola nuevamente. Yo que ella me hubiera suicidado. Yo soy así. Me vale madre todo. Si me tengo que matar me mato. Pero ella no. Vas a ver lo que hizo: comenzó a vender tamales. Te digo que es la señora más típica. De chipilín, de camarón, de mole. Para eso es buena, para trabajar como una bruta. En lugar de que se hubiera matado. En fin, clientes nunca le hicieron falta. ¿Nunca te hicieron falta, verdad? Iba, se paraba por ahí con su canasto y le empezaban a comprar. Fue entonces cuando apareció don Frank, ¡Ay, don Frank!, un viejito de pelo azul que babeaba mucho sin querer y a cada rato se estaba pasando un pañuelo por la boca. Pues fíjate que este wey se enamoró perdidamente de doña Camila, y de sus tamales. Hubo onda, ¿entiendes? Les gustaba estar platicando, se pasaban horas contándose quién sabe qué chingados, historias de viejitos, y cuando vinieron a ver ya estaban los muy puercos viviendo juntos en la casa (una madre de tres pisos) de ese señor. Qué tanto hacían allí. No lo sé. Qué hacen dos viejitos cuando viven juntos. ¿Breakdancean? No sé, no me lo quiero imaginar. I don't care. El tema es que fueron felices, ¿lo fueron, no?, hasta que don Frank, un día que estaban bailando la Macarena o whatever se fue contra el piso y murió. PUM, cayó como una tabla, o como un costal de huesitos de pollo y ya no volvió a levantarse, el marica. Allí quedó y mi tía Camila empezó a dar de brinquitos y volteretas, como un trompo, ¿verdad?, chocando contra sillas y mesas hasta que también se fue contra el suelo. Desde luego, lloró un poco. Eso es comprensible. El amor de tu vida se muere y ni modo que no derrames unas lágrimas. Cuando el dolor amenguó y pudo moverse, agarró el teléfono y llamó a los hijos de don ése y cuando éstos llegaron a la casa lo primero que hicieron, después de contemplar el cadáver hieráticamente un rato, fue preguntarle a mi tía Camila que quién PUTASMADRES era ella, a lo que ni ella misma supo contestar porque, verás, nunca nadie le había hecho esa pregunta.



Quién soy, se dijo, la pobrecita, quién soy, quién soy. Entró en shock. Le volvieron a dar ganas de llorar y Los Hijos De Don Frank, como vieron que se puso en ese tono, la botaron a la calle. Y dice mi tía Camila que en ese momento sintió retafeo, como una gran tristeza en su corazón. TRISTEZA, CORAZÓN, esas palabras utiliza ella para expresarse. Ni siquiera terminó la primaria, te digo. La neta yo me hubiera suicidado otra vez. Yo a huevo me quiero suicidar jajaja. Ella no; qué te imaginas que hizo, eh, ¡QUÉ TE IMAGINAS QUE HIZO, CABRÓN! Se trepó a un autobús y vino a verme, la perra. Se dejó venir desde Ciudad Talega, ¿dónde es que vivías, en ciudad Talega? : toc toc. ¿Lo puedes creer? Yo cuando abrí la puerta lo que vi fue un monito así, encorvado, vestido de flores, que hablaba y que me decía: Eres todo lo que tengo, Calixta, no me queda nadie más. Me pudrí de la risa. Qué querías que hiciera. Me pudrí. Después le dije: pásale, chingada vieja. La dejé entrar y aquí vive conmigo desde entonces. A Ciudad Talega no piensa volver nunca porque allá fue feliz y ya sabes que no se puede volver a donde uno fue feliz, ¡es como regresar a la escena de un crimen!; los pinches recuerdos, que son como perros, apenas advirtieran su presencia se le irían encima y la destrozarían a dentelladas, ¡LA HARÍAN PEDAZOS, CABRÓN!, y también no quiere volver porque de seguro la estarán buscando todavía por lo del robo, porque se trajo unas alhajas de la casa de don Frank, la hijadesuchingadamadre, que es básicamente de lo que hemos estado viviendo estos últimos días, ¿me explico?

## CALIXTA

El primer acto de violencia que Calixta cometió fue agarrarse a maderos a una niña que, en aquellos momentos, era su mejor amiga. Ambas contaban entonces con cinco años de edad. El motivo del pleito es desconocido. Ni siquiera Calixta lo recuerda. Calixta sólo recuerda que tenía un reloj despertador en la mano, de esos que estaban hechos de metal y vidrio, y que el reloj se fue desarmando poco a poco, a medida que ella lo iba estrellando, una y otra vez, en la cabeza de su amiguita.

Crack!, hizo el tiempo. Llovieron resortes, tornillos, pedacitos de cristal. Cuando Calixta se tranquilizó le sangraba la mano y estaba llorando a mares. De la otra niña mejor ni hablemos.

El segundo acto de violencia lo vino a perpetrar unos años después contra el muchacho que fue su primer y último amor. Se llamaba Ricaredo. Con él perdió su virginidad; mejor dicho, ella le tiró encima su virginidad a Ricaredo, como quien arroja algo contra la pared, como quien rompe un plato contra el suelo. A Calixta le daba mucho coraje haberse enamorado (ella piensa que amar es una bajeza) y lo peor de todo es que Ricaredo también la quería. Cada vez que se encontraban en la calle Calixta le metía un puñetazo en la cara, para ver si así Ricaredo la odiaba un poquito. Pero qué va. Mientras más me pegues más te amaré, decía el condenado, tallándose los moretones.

Un día, cansada de todo, ella decidió entregársele.

Mientras 'foqueaban' (esa palabra utilizó Calixta) ella no dejó de pegarle de puñetazos en la cara. Incluso agarró un tomo de pasta

dura que estaba por allí cerca, tal vez un libro de álgebra, y con eso le empezó a dar y a dar y a dar.

Hasta que lo dejó inconsciente.

Cuando desperté- dice Calixta- Ricaredo ya no estaba, se había evaporado como se evapora un sueño y yo me quedé solita en la cama y pensé: chingón. Si hubiéramos amanecido juntos yo me hubiera enamorado más de él y me le hubiera seguido entregando y quién sabe qué hubiera sido de mí, seguramente me hubiera vuelto loca. De felicidad. Pero loca.

En efecto, Ricaredo se esfumó de su vida para siempre.

Poco después le sobrevino el ataque.

Ella estaba en su casa, bien relax, y de repente sintió algo en el pecho. Como un cuchillazo. Pegó un grito, salió a la calle, en chancas y casi desnuda, y comenzó a patear a todas las personas que iban pasando. Parecía una hiena. O una araña. Durante una semana se dedicó exclusivamente a beber cerveza y a ser una hija de puta; empujaba viejecitas en los parques y todo eso.

Hasta que un día de plano perdió la cabeza y la tuvieron que meter a un hospital con la cara toda llena de rasguñones y con las muñecas llenas de cortadas que ella misma se había inflingido. Por poco se arranca el corazón ella sola con sus propias uñas. Eso fue lo que me dijo.

Pasó un par de meses internada (un periodo que ella describe como 'la zanja'), curándose de las heridas (físicas & mentales) y cuando salió ya estaba hecha una mujer taciturna, superflaca. O sea, ya se había convertido en la Calixta que yo conocí.

Haber atentado contra sí misma, haber querido matarse, fue el tercer y último acto de violencia real que cometió.

Después vinieron otros –muchos- actos insignificantes. Fuegos fatuos, pirotecnia, luces de colores que brillaron sobre el fondo oscuro de la noche de su alma.

Le partió la nariz a una señora que intentó regalarle comida.

Le pegó en la cabeza, repetidas veces, hasta hacerlo llorar, a un muchacho enfermo al que le habían pedido que cuidara.

Le rompió un juguete a un niño, sólo por el gusto de verlo sufrir.

Y me pateó los huevos, a mí, una noche, mientras nos besábamos a la luz de la luna.

Es una historia breve. Nos conocimos en un bar, yo andaba por allí contando chistes. Quería ser comediante. Y fracasé: aquella noche, todas las otras noches que siguieron.

Después de mi actuación Calixta se acercó para decirme que no se había reído nada y que yo era increíblemente malo, pero malo malo malo, como una patada en el clítoris, dijo. Luego se aventó a reír, yo también solté la carcajada y así comenzó todo.

El resto de la noche lo pasamos platicando y la semana que siguió Calixta vino diario a mi casa. Cogíamos, dormíamos un poco y después, a las tres o cuatro de la mañana, ella se levantaba y tomaba un taxi. Eso fue lo nuestro.

Entonces me dijo que tenía que largarse de la ciudad para siempre porque se había metido en no sé qué broncas y... Estoy enamorándome de ti, le contesté. No sé por qué le dije eso. Tal vez porque era verdad. Tal vez fue sólo un chiste. Mi peor chiste.

Estábamos en el parque Sotomayor y la luna brillaba con todo.

Calixta me agarró la cara y me dijo 'ven' y me dio un beso muy fuerte. Casi era doloroso. En la parte más intensa del beso, cuando yo sentía que volaba, me dio un patadón en los huevos. Y dijo: ¿esto es el amor?

De allí me pidió prestados quinientos pesos, que desde luego yo no podía darle. Eso fue todo. A continuación desapareció de mi vida, al menos físicamente, porque hasta el día de hoy me siguen llegando sus malditas cartas.

## LA MUCHACHA QUE NECESITABA RUIDO

La lluvia estaba por así decirlo madreando a la ciudad. No era una lluvia bondadosa, en absoluto. Se escuchaban caer los puños, los rodillazos, los codazos de agua sobre los techos. Las persianas, como si fueran dientes, tiritaban bajo la golviza. Sput, escupía el cielo sobre la ciudad. Y era cosa de asombro que todo no se derrumbara bajo aquel diluvio, que los edificios resistieran estoicos, de pie, la archi-tranquiza que la lluvia les estaba acomodando. Parecía que Dios... ah, pero no metamos a Dios.

Algunas gotas alcanzaban a meterse al cuarto, por entre los vidrios.

Y nosotros estábamos allí, enteramente desnudos, encima del colchón lleno de pulgas, acezando como puercos.

Escucha esto, yo he querido suicidarme tres veces - comencé a decir, por hacerme el Interesante- no sé tú, pero yo ya van tres veces que me he querido matar y... por ejemplo, la primera vez...

SSHHH, hizo la lluvia.

Me callé. La lluvia también se calló, de golpe.

Y quizá para que no nos ahogáramos en el silencio, para que el silencio no nos estrangulara, ella (no la lluvia sino Ella) empezó a decir:

Yo he querido matarme desde siempre, baby, desde toda la vida. Escucho voces, unas voces que me dicen que ya basta, que ya estuvo. Neta. Son voces de duendes. O de muertos. No me mires así. Yo tenía siete años cuando comenzaron a llamarme. Después de que murió Mauricio, un hermanito que yo tenía. El mismo día que murió él, yo estaba con las voces. Al principio creí que eran de

la gente que lloraba en el velorio. No sabía distinguir. Pero los días pasaron, la gente dejó de llorar y se fue, se fueron todos, y las voces allí seguían. En mi casa no había nadie, aparte de mi mamá, pero se escuchaba wishiwishiwishi, como si varias personas estuvieran discutiendo. Sentí miedo. Pero el miedo pasa. Después, de tanto escucharlas, entendí algunas cosas. Yo me iba al patio y me pasaba horas allí, en medio de las matas y las flores, escuchando. Wishiwishiwishi. Palabras sueltas, primero. Luego frases más largas. Y qué decían, las voces. Bueno, casi no hablaban conmigo, para qué te voy a mentir. Ni de mí, sino de mi hermano. De él sí que hablaban mucho. Decían que lloraba, el pobrecito, ¡que sangraba por los ojos! (mira, está sangrando), que extrañaba sus juguetes. La vida. Y de repente alguna de esas voces “me volteaba a ver” a mí, a mí mero, y me decía: ora tú, ya vente paca’ deste lado, pa’ que cuides a tu hermano. Él aquí, todo triste, en la Muerte, y tú allá, tan campante, en la Vida. El caso es que un día mi mamá me regañó porque me vio cortándome a propósito con un cuchillo. Otro día me traté de ahogar, en el arroyo. Me sacaron por las greñas. Me sentía culpable... por estar viva, ¿nunca te ha pasado? Luego lo que hice fue tirarme al pozo. Y sí me rompí la cabeza pero no me morí... pero gracias a eso por un tiempo no hubo más voces, más wishiwishi. Yo no sé por qué no me he matado. Tengo mala suerte. Soy muy bruta. ¡Es que soy muy bruta! Baby, yo no puedo ni mirar un cuchillo sin pensar en rebanarme la garganta. Qué chistoso, ¿verdad? Una vez, de hecho, cuando tenía catorce años, lo hice, o casi. Mira: es la cicatriz. Aquí. Y mi novio se espantó. Antes yo era una muchacha que tenía novios. Y le dije: es que fijate que escucho voces. Y él, preocupadísimo: tienes que ir con el doctor. Y fui con el doctor y mira, tómate estas pastillitas. Me las tomé. FAU. Me dejaban sorda, las hijas de su puta madre, no escuchaba ni mi propia voz. Y eran carísimas. Y las mandé a la verga. Y me puse a gritar, es lo que hice:

AAAHHHH. En la calle. Como loca. Para no escuchar las voces. Y muchos, entre ellos el pendejo que era mi novio, se fueron, se largaron de mi vida porque les di miedo, ¿tú crees? Les aterraba que yo fuera así: AAAHHH. Escandalosa. Porque desde entonces me volví una vieja escandalosa. Así de que siempre estoy haciendo ruido, ¿no? Cuando hablo, cuando río, cuando cojo. Ruido ruido ruido. Todo lo que hago lo tengo que hacer con escándalo, para no quedarme a solas con las voces, ¿entiendes?, para taponearlas y cubrirlas y aplastarlas y enterrarlas, porque eso es lo peor que me podría suceder, quedármelas oyendo como idiota, el día que haga eso estoy frita, allí sí que me va a dar no sé qué. ¡Por eso es que ya no puedo estar contigo más tiempo! No me odies, por favor. Es que tú, mi vida, eres un hombre sin ruido, ¡perdóname!, eres un hombre que adora el silencio, el silencio es tu Dios, y yo no puedo estar así. No creo que volvamos a vernos. Nunca, nunca más. Aunque puede ser que tú me sigas escuchando. No te espantes, pero a lo mejor ahorita, en este rato que estuvimos, te pegué mis voces. O por lo menos un murmullo pequeño. Como un bicho, te lo pegué. Quién sabe. A lo mejor yo me voy y tú te quedas aquí, solo con tu alma, y lo empiezas a escuchar. Sé valiente. Ignóralo. Ese murmullo mío te va a decir pura pendejada: que te vayas de aquí, que lo dejes todo, que abandones, que abandones, que abandones. Tú hazte el sordo y mándalo a la verga, baby, mándalo a la verga.

Y en diciendo esto, Ella fue deslizándose hacia fuera del colchón (y de mi vida) y comenzó a vestirse mientras cantaba.

Y cuando al fin se marchó (a buscar el tan ansiado ruido en otra parte) yo paré la oreja todo lo que pude, tratando con todas mis fuerzas de “escuchar”.

Pero nada.

Había solamente un FUUUUUUU: el enorme silencio que sigue después de una buena madriza.

## UN DRAMA VECINAL

Acaba de caer un rayo y tengo que escribirlo, ni modo que no lo haga. ¿Cada cuánto caen rayos? Tan cerca de una, quiero decir. PUM partió el techo, no el mío, el de mi vecina. Pocamadre, ¿no?

La casa donde vivo no me pertenece. Nadie vive aquí, se supone.

Te hablaré de mi vecina: es una vieja gorda que se cree muy sexy. Tiene un novio, un viejo barrigón, y dos hijos que ni le preocupan.

Perdí un dedo, ¿te conté? Me lo arrancaron a mordidas unos animales, hace como no sé cuánto tiempo. Sí, ya lo sabías.

Bien, yo estaba pensando en el dedo que perdí cuando cayó el rayo. PUM. Se escuchó un alarido, me asomé por la ventana y vi la casa de mi vecina hecha ñonga. Potes y platos rodando. Humo. Entre las tablas rotas, arrastrándose, apareció ella. Y vi los pies del viejo barrigón que se remeneaban bajo el techo de lámina que le había caído sobre su asquerosa llena-de-pelos humanidad.

Los hijos de mi vecina se llaman Raúl Francisco y Paulina Yessica. Están lo que se dice menso. Tienen la cabeza así de este tamaño y las espaldas retorcidas como toboganes. Ta te ti to tu, balbucean, ta te ti to tu. Ni se les entiende. Allí están todo el día en la calle patoteando perros, pisoteando pajaritos (de esos que se caen de los árboles) y levantando basuras que luego venden.

Por aquí pasan zumbando a cada rato igual que moscas. La mamá en persona los echó a la calle, ¿te imaginas?, porque molestaban a su novio (la verdad que sí molestan tan sólo de verlos) y ahora duermen por ahí tirados en el piso. No tienen pudor. Traté de hacerles plática en algún momento, hace muchos muchos días. Pero lo dejé,



no tiene caso. Ta te tí to tu, no saben decir otra cosa. Y si les das la mano ya no te la sueltan, tienes que pegarles duro para que te suelten.

Escucha: mi vecina, para gustarle más al novio, se costura ella misma unos vestidos rojos que lo que dan es tristeza y así la ves que sale al mercado a comprar un kilo de carne para el hombre. Va meneando las nalgas y todo y luego el vestido, de lo mal hecho que está, se le deshace en el trayecto. Ella lo sujeta con las manos, para que no se le resbale, y lo que le encanta en esos momentos es que le digan porquerías, los carniceros, para luego llegar con el hombre (yo todo esto lo tengo que escuchar) y decirle: ¡adEvína qué no me gritaron hace rato! El hombre enfurece, la insulta y al fin la machuca. Es la palabra que usan acá: machucar.

Yo casi no salgo. Me da miedo que me vayan a ver y que piensen que soy una bruja. La gente es así. Te ven despeinada un poquito y ya te llaman bruja. Te persiguen. No soy una bruja todavía. Te escribo nada más y nada menos que para no volverme una bruja, para seguir siendo una persona. Corriente. Gris. Mala. Persona. Por cierto: no sé cómo madres te voy a enviar mis putas cartas. No sé si algún día las vas a llegar a leer. Ay, mis cartas.

El viejo barrigón de cuando en cuando viene y me regala un poco de comida. Lo confieso. Un par de panuchos, una torta. Yo no se la rechazo, ni que me diga dos o tres vulgaridades, que para eso se manda solo. También se cree muy sexy él. Se da unas vueltas por el patio, en trusa, para que lo vean. Le encanta. Incluso me anduvo pidiendo que fuera su novia, ¿tú crees?, me habló de su verga, el idiota, no sé para qué. Yo estaba dentro de la casa, comiéndome la comida que él me acababa de dar, mientras él, allá afuera, no paraba de decir: mi verga esto, mi verga esto otro, como que su verga fuera un perro que él tuviera, ¿no?

Aquí vienen. Míralos. Acaban de entrar en escena. Raúl Francisco, Paulina Yessica.

Lleva en la mano, cada uno, un costalito de basuras. Ta te ti to tu, ta te ti to tu. Cómo corren. Cómo sacan al viejo de debajo de la lámina. Lo están rescatando, mira. Lo están ayudando a ponerse de pie. Lo están... La vieja, desgredada y semidesnuda, les da las gracias, con las manos en alto. Parece una obra teatral (¿te acuerdas de las obras de teatro que solíamos ir a ver?, ¿te acuerdas de mí, pinche imbécil?). Ahora lo arrastran al viejo, porque se ha vuelto a desmayar, y lo van a dejar allí tendido sobre un montón de grava. La vieja baila, entretanto, eso parece, que baila con las greñas encendidas. Quién sabe cómo pero se ha prendido fuego. Raúl Francisco y Paulina Yessica paz paz paz le caen a madrazos hasta que por fin consiguen apagarla. Cómo le agarran las manos (¡míralo!), cómo se las besan. Así, hechos una cadenita, están ahora dando una ronda por el patio. Saltan, cantan. Podrían caerles mil rayos encima que no dejarían de saltar y cantar. Están riéndose. Raúl Francisco, Paulina Yessica y mi vecina (hasta el barrigón del novio, que sigue botado como una perra sobre la grava) están risa y risa. Una podría señalarlos con el dedo, si tuviera un dedo, y exclamar: una familia.

En serio. Una familia.

¿Has pensado en tener una familia, tú?

## MI PRIMER CONTRATO

Comencé diciendo que a mi mamá le apestaba mucho el sapo y que yo lo recordaba porque yo mismo había salido de allí. Luego dije que una vez estuve cerca del mismísimo Papa y que lo toqué (yo era parte de su cuerpo de seguridad) y que desde entonces las manos me olían a culo (aquí me aspiraba los dedos con fuerza) y que en alguna ocasión, a cambio de un plato de comida, me vi forzado a meterle un dedo a una señora donde ya se sabe, porque ella era una puerca y le gustaba eso, que le metieran cosas. Dije que yo era pobre y que no había tenido más opción. Luego venía un perro y le lamía las tetas, la teta derecha, mientras yo hacía lo propio con la izquierda. Y la señora nos llamaba sus cachorros.

Como la sala continuara en silencio, me decidí a contar también (y comenzaron a sudarme las manos como si hubiera un fuego cerca) la vez que le vendí uno de mis pedos (de los más apestosos) a un señor que era poeta, pero de esos poetas que ya no tienen inspiración. Él cargaba canas en las patillas, pelusas en las pestañas y algo así como veinte libros publicados. Yo sólo cargaba piojos en los testículos. Le cobré cinco mil dólares, de los de antes, que me pagó sin chistar (y que gasté después en un solo par de zapatos) y él se llevó mi pedo guardado en un frasco de color azul (más tarde supe que no le sirvió para nada).

Después les hablé (fue el colmo) de una muchacha que sí había existido, que se hacía llamar mi ex novia, pero que yo no recordaba que hubiéramos sido novios alguna vez. Tenía el pelo casi rubio y las manos pequeñas, vacías de anillos, y hablaba mucho de los días

que habíamos andado y de los besos que nos habíamos dado bajo una luna que sólo ella recordaba y escucharla me daba tanta felicidad que al final yo la golpeaba con un fierro.

Y nada, nada de lo anterior los hizo reír ni un poco.

Recuerdo que era verano y que el sudor hacía brillar los cuerpos de una manera sórdida. Escuché algunos estornudos, algunos tronidos de dedos, un vaso roto contra el piso. Traté de no arredrarme...

Y empecé a platicar (no me quedó de otra) del pene de mi papá (él murió hace años) que en realidad era una langosta viva, verde, que andaba independientemente de él y que de pronto se le escapaba del pantalón a mitad de las reuniones, pero él como era un teto fingía que no pasaba nada. La langosta caminaba entre los platos y las velas y entre la sonrisa retorcida de más de una señora, picoteando la comida incluso, pero él seguía saludando y haciendo la charla. Yo veía todo esto y no podía menos que odiarlo.

Aquí me dieron unas ganas no ensayadas de llorar...

Y hablé de un hermano que tuve que se suicidó porque yo nunca me atreví a dirigirle la palabra porque me asustaba una mancha que le había salido en la frente con forma de estrella. Se llamaba Hernaldo; sabía tocar la guitarra. Todos (los que sí se atrevieron a hablarle) me dijeron que era un chavo re-noble.

Y hablé en derechura de cuando fui dueño de una mascota que era la mascota de otro niño. Yo no podía tenerla en mi casa, por muchas razones tristes, pero la guardaba en mi cabeza y en el patio de ese otro niño, que además vivía enfrente. Él no sabía que su mascota era mía también. Algunas veces la trataba mal y yo tenía que verlo. Y sufrir.

Tampoco esto les dio gracia.

Allí fue que se prendieron las luces; la verdad yo no sabía qué más hacer. Me pregunté, en voz alta, si no había entrado por error en la bodega de los maniqués. Los llamé maniqués, en efecto,

y fue como firmar una sentencia. Luego cerré los ojos, me puse la punta de un dedo en la punta de la nariz, que es lo que hago cuando quiero que piensen que estoy pensando, y de pronto escuché que una sombra se movía. Cuando abrí los ojos ya estaba la bendita frente a mí, decidida a zurrarme (sus manos eran metálicas) y a tacharme de ser un farsante patético.

Sólo allí, en medio de la tunda, se dejaron venir algunas risas, algunos aplausos y entró en mí lo que se puede llamar un 'gozo imbécil'.

Alguien sollozaba con estruendo.

Cuando desperté, Federal (por feo), que era el encargado del tugurio, me informó que estaba contratado.

## ASILO

En toda mi vida solo he sacado la pelota del estadio, como se suele decir, en tres o cuatro ocasiones. Puedo contarlas con los dedos de una mano mocha. Esta fue una de ellas.

Yo estaba contando mis chistes frente a una runfla de viejos y la verdad es que me estaba yendo bien. Quiero aclarar que en toda mi carrera sólo me han permitido actuar en esta clase de lugares: asilos, manicomios, tertulias del doble a. No soy el comediante más famoso, desde luego.

En el asilo sentí de entrada como si estuviera en medio de un panteón, tirando palabras en vano, porque había tres filas de sillas y sentados en ellas unos monigotes (cinco o siete) que sólo miraban fijamente al vacío. Y yo era el vacío.

Había pasado un par de semanas preparando unos chistes que me pareció que podían funcionar. Trataban sobre la vejez y la muerte. Sobre enfermedades terminales y temas afines.

Repito, cuando empecé con lo mío nadie daba trazas de escu-charme (yo sudaba con copia) pero a los veinte minutos ya había una pequeña audiencia de unos quince viejos. No había risas, no. Había miradas ausentes y bocas abiertas por donde entraban las moscas que merodeaban por el asilo, pero yo imaginaba que se carcajeaban, escuchaba las carcajadas que resonaban dentro de sus cuerpos y que iban provocando lo que se dice una vibración.

Cuando volví al día siguiente ya casi todos los reclusos (excepto los que no podían caminar por carecer de piernas y que yacían al fondo de un sótano, conectados a cuarenta máquinas)

estaban allí, listos para escucharme. Y dieron en reírse por primera vez en años y como es natural, por la falta de costumbre, se fracturaron varios huesos.

Para iniciar conté el chiste del viejito que coleccionaba enfermedades. Un avaro de patologías. Le gustaba que todas las enfermedades estuvieran dentro de su cuerpo y tenerlas allí guardadas nada más, como diamantes, y los otros viejos que buscaban enfermarse no encontraban de qué padecer ni de qué morir. Y le decían al avaro: no seas mala onda, préstanos un poquitito de cáncer, una pizca de diabetes, para ya largarnos de esta inmundicia sin sabor. Pero él no soltaba prenda.

Después conté el chiste del otro viejito que todo lo que tocaba lo volvía viejo. Tocaba un walkman y lo transformaba en un tocadiscos. Una pera la volvía un árbol. Una vez tocó un niño y...

Después me reventé aquel chiste de la viejita que quería suicidarse y no podía porque la muerte estaba enojada con ella (porque la viejita nunca le había mostrado ningún respeto, la muerte me la pela, solía decir) y no la quería ver ni en pintura, por más que ella se muriera de ganas de morirse y descansar eternamente.

Todo esto a los hijoputas reclusos del asilo les causaba mucha gracia. Debo aclarar que sus carcajadas eran como algo que se hubiera trabado en el desagüe. Tac rorg trac. Lo que estaba curioso es que después de ese ruido acababan calmaditos, con algo así como una sonrisa embarrada en la cara, bien quietos.

Al final de aquella función se descubrió que dos de ellos habían muerto.

Los iban a llevar a sus recámaras y dieron contra el piso. No me culparon de nada porque eran dos a los que de por sí no les faltaba mucho: cáncer de pulmón y de hígado. Las enfermeras estaban más apenadas conmigo que yo con ellas, como si los viejos al morir hubieran cometido una descortesía.

Día siguiente: sucedió de nuevo, volvieron a morir algunos. Ahora sí hubo un poco de bronca. Yo había contado el chiste del viejito que se había mandado a hacer una verga de palo pues quería seguir cogiendo y disfrutando de la vida y la verga original de carne se le había caído durante una trifulca, de tan vieja que ya estaba. Asimismo conté el chiste de la viejita que le gustaba tener sexo con tigres y con otros animales. Al final de la presentación las enfermeras me empezaron a ver con caras de pocos amigos. Habían muerto siete.

Al otro día las cosas no mejoraron porque conté el de la señora que toda su vida había sido guapa sin darse cuenta y solamente lo descubrió en su lecho de muerte mirando por casualidad unas fotos de cuando era joven. Con ese chiste CABUM se largaron 28 de golpe.

Hay que reconocer que al morir no eran espectaculares, ya que lo hacían en silencio, si acaso lanzaban un pequeño eructo antes de cerrar los ojos para siempre.

EXCEPTO un viejo que se levantó de la silla y me apuntó con el dedo (un dedo que temblaba como loco) y me acusó de ser el mejor comediante que hubiera oído nunca. Luego azotó como una tabla.

Llevaba más de diez días de funciones en ese momento.

Al final sucedió que las enfermeras me llamaron, así, con el dedito (yo estaba justo a la mitad del chiste de la viejecita que utilizaba su vagina para guardar monedas) y fui conducido a la dirección.

El pasillo era largo y pulcro y mis pies eran los únicos que al caminar hacían ruido plitch plitch, como si fueran burlándose de todo.

Una vez allí nadie me dirigió la palabra. El director, un tipo joven de gafas, visiblemente contrariado, firmó un cheque y me lo dio. Y ya.

Las dos enfermeras me condujeron hasta la salida.

Una de ellas era vieja (no tanto como los reclusos) y la otra joven (muy). La vieja me miraba con lástima. Yo no entendía.

—Haces que pierdan dinero— dijo.



La enfermera joven le aventó una mirada como un pedrazo, pero la vieja ni se inmutó: —los reclusos de aquí son como si dijéramos billetes y cuando uno muere es como si usted arrojara unos fajos al río.

—¿Quiere arruinar este lugar?, ¿es lo que busca? —dijo la enfermera, joven y delgada, frunciendo el ceño, brillándole los ojos. Creo que si no hubiera estado vestida de enfermera me hubiera soltado un bofetadón.

Llegamos a la parada de los taxis. La enfermera joven volvió al hospital pero la otra permaneció a mi lado, callada, hasta que me fui.

## PÉREZ

Una semana después de que mataran a Pérez (recibió 40 cuchillazos en la barriga y en la cara) Torruco se acordó de mí, por alguna razón, y me llamó por teléfono. Yo no pude recibir la llamada porque había salido a llorar a la calle, pero al volver, mi casera (que siempre estaba de malas), me pasó el recado.

Quería que fuera a verlo a su casa.

Tardé tres horas en llegar porque fui caminando. La casa de Torruco era un pequeño departamento, bien metido hasta el mero fondo de un callejón, en las afueras de la ciudad. Llamarlo ‘departamento’ puede que sea demasiado. La puerta era negra y metálica, el techo era de lámina y las paredes no tenían pintura. Cuando por fin llegué lo primero que sentí fue un olor bien chingón a comida. Torruco salió a recibirme, iba de shorts azules y playera negra.

—Ve por algo de tomar— me dijo, antes de que yo pudiera saludarlo, y me entregó un billete.

Fui al depósito que estaba cruzando la calle, compré un par de six.

Cuando volví Torruco ya había dispuesto los platos en la mesita y por ‘mesita’ me refiero a una tabla que estaba encima de una cubeta. Puso un disco de rock y fue a sentarse en un sillón. Hice lo propio en la orilla de la cama.

Empezamos a comer y mientras masticábamos ni él ni yo pronunciamos ninguna palabra. La comida era mole con arroz y tortillas. Todo estaba calentito y, a decir verdad, delicioso. Ya sé que es una cursilería pero recuerdo haber pensado que esa era la felicidad: comer mole, beber cerveza y escuchar música. Si por mí

hubiera sido allí hubiera terminado todo, allí hubiera puesto la palabra FIN.

¿Quién te enseñó a cocinar?, le pregunté a Torruco.

La soledad, dijo.

Luego se reclinó sobre el sillón y empezó a limpiarse muy bien los labios con una servilleta. Estornudó, le dio un trago a su última cerveza, y comenzó a contarme lo de Pérez.

La cosa estuvo más o menos así. Torruco tenía que ir a partírle su chignada madre a un cabrón que había matado a un niño. Lo atropelló sin querer, dizque. Estuvo en la cárcel pero salió a los pocos meses y los hermanos mayores del niño querían enviarle un mensaje. Torruco se iba a encargar del asunto, ya se estaba peinando para salir y todo cuando Pérez lo detuvo: no, compí, déjame lo a mí. Torruco se encogió de hombros y lo dejó hacer. Pérez había tenido un hermanito que también murió atropellado. Y estaba obsesionado con la gente que mataba niños. Pero nada de eso importa porque fue una trampa. El niño, el asesino del niño, todo era puro invento. Nomás querían agarrar a Torruco y chingárselo. Pero el que llegó en su lugar fue Pérez...

–Me llamó la mujer. Fuimos juntos a ver el cuerpo.

–Lo siento– dije.

–No tienes que decir nada.

No pude evitar sonreír, de los nervios. Luego, con mucho trabajo, logré quedarme serio y estuvimos callados un rato escuchando las canciones que iban saliendo del disco.

Cuando terminó la última canción, levanté los platos, los llevé al baño y los puse adentro de una cubeta. En seguida Torruco hizo lo suyo: colocó su pie malo sobre la mesita. Se le miraban los huesos, ya no le salía pus. Estaba seco.

No siento nada, dijo (hizo una mueca), voy a ir a que me lo corten.

Yo destapé mi última lata.

—Por acá vive un señor que antes fue cirujano. Dice que me cobra 300 pesos por la mochada.

Me puse a mirar El Pie de Torruco y al mismo tiempo a pensar en Pérez. Encima del pie, de la epidermis abierta y amarilla y roja, vi reproducirse varias imágenes. Eran como fotografías: Pérez lanzando manotazos y gritos, Pérez recibiendo una cuchillada y luego otra. Yo nunca he recibido una cuchillada pero con sólo imaginar lo que podía sentirse me puse a temblar.

Torruco tronó los dedos

—Lo de allá es para ti...

Señaló un rincón, junto al mueble donde estaba el estéreo.

Se trataba de una caja de zapatos llena de papeles. Notas. Algunas escritas a máquina, otras a mano.

—Son las cartas de la gente. Estuve viéndolas anoche. Últimamente no tengo mucho qué hacer. Me dieron risa. Nunca había pensado que todo esto fuera gracioso. No son todas. La mayor parte las tiré a la basura, no valían la pena. Pero me quedé con las mejores. Llévate las. Quiero que las leas, puede que te sirvan de algo.

—Gracias —dije, sin haber entendido nada.

—Me hubiera gustado ir al velorio —dijo Torruco, mientras acomodaba su cabeza en el sillón.

Estuve a punto de preguntar ‘¿qué velorio?’ Entonces recordé que Pérez había muerto y me callé. Y le pregunté, en cambio, si quería que fuera por otro six. La verdad es que yo tenía ganas de seguir bebiendo.

—Ahora lo único que quiero es que te vayas a la verga —contestó. Me tomó unos instantes comprender que lo decía en serio.

Agarré la caja de zapatos con las cartas y me despedí. Al salir me pidió que dejara la puerta abierta. Fue la última vez que nos vimos.

\*

Amanecí tendido sobre un suelo de tierra cubierto de salivazos. Acabar de ponerme de pie me habrá tomado unos veinte minutos. Fue un gran logro. La casa estaba lo que se dice vacía. Las paredes parecía que estaban hechas de carne, como si fueran las paredes de un intestino. Incluso podía percibirse un aroma caquil.

De a poquitos, de a pasitos muy cortos y tanteando las paredes, llegué hasta el umbral de una puerta de miriñaque, misma que no tuve la osadía de atravesar. Nomás me quedé allí parado y traté de distinguir el interior y lo conseguí, después de varios minutos que fueron como años. Había un colchón a ras de piso. Y sobre éste se hallaban, cada quien a un lado y otro del colchón, Torruco y Calixta, ella con los brazos cruzados y la mirada pétrea. Torruco parecía muerto.

No sé con qué voz le dije: ¿nos vamos?

Calixta me volteó a ver, asustada. Colocó sus manos en Torruco, trató de hacerlo despertar... Sólo entonces me atreví a entrar en el cuarto, la tomé por la muñeca y la fui jalando de a poquitos hasta que logré sacarla de la cama. Ella no quería que nos fuéramos.

En la calle parecía como si el sol te rayara la cara con un vidrio.

Quise sonar a persona común, a persona normal, y le propuse a Calixta que fuéramos por algo de comer. Un cafecito y una torta hubieran sido una maravilla. Pero en seguida tuve que admitir que no cargaba nada de dinero. Estaba pensando en qué otra cosa decir, con qué otra pendejada llenarme la boca, cuando Calixta echó a correr como un conejo. Yo sentí que se llevaba consigo alguna cosa super importante para mí, algo así como mi corazón, mi cerebro,

algo sin lo que yo no podría vivir, y me puse a seguirla. Pensé que no podíamos estar separados. Pensé que si ella se alejaba yo me iba a sentir tan solo que me partiría en mil pedacitos.

Calixta dobló una esquina y cuando intenté hacer lo propio me fui a reventar contra un poste.

No sé que me pasa pero últimamente me reviento mucho contra los postes.

## DAYSI

Aguda de voz. Bonita de cara. No hablaba mucho: no le gustaba tener que escucharse. Lo que sí disfrutaba era pasarse un filito por las yemas de los dedos, oler y saborear su propia sangre.

Platicar conmigo le fastidiaba: siempre terminaba revelándome algún secreto, algún recuerdo desagradable que intentaba sepultar. Yo tenía el poder de sacarle sus mugres. Eso pensaba ella. Eso pensaba yo también.

Nos conocimos en La Casa.

La Casa era un edificio viejo, sin techo, lleno de velas, al que tú llegabas con tus poemas bajo el brazo. Los leías y los demás tenían que escucharte, esa era la dinámica. Yo me había quedado sin trabajo aquella noche y me había puesto a escribir como un enajenado. En tres horas había terminado un poema de veinte páginas. Casi todos los poemas que se leyeron aquella noche trataban del amor, excepto el mío, que fue sobre la mierda, y el de ella, que fue sobre la oscuridad.

Mi poema se llamaba 'Oh, lord' y decía que todas las cosas eran o estaban hechas de caca. La familia, el país, las nubes. Todo despedía un aroma pútrido al que las personas ya se habían acostumbrado, oh, lord.

Cuando acabé de leer arrugué las hojas con fuerza y las tiré al suelo y escupí; cuando me fui a sentar me di cuenta de que las piernas me temblaban.

El poema de ella lo recuerdo mejor. Hablaba de una princesa. ... había una vez una princesa que bajaba por el sótano de un

castillo. La oscuridad era mayor a cada momento. De repente: gritos, unos gritos desgarradores que salían disparados desde el fondo del sótano, pero la princesa continuaba descendiendo, no podía evitarlo...

Cuando la princesa llegaba frente a una Gran Puerta de Hierro, el poema, así de golpe, terminaba.

Esto hizo brotar las protestas de medio mundo (las veinte o treinta personas presentes), quienes le pidieron a Daysi que leyera el poema completo, hasta el final. Ella dijo: ¿cuál final?, no hay ningún final. Inventa uno, le dijeron. Ella se molestó. Con paso tranquilo abandonó La Casa, en compañía de un tipo alto que llevaba un antifaz.

Volví a verla varios años después.

Unos 8 o 9 años después.

Para entonces yo había perdido un brazo y un ojo, a raíz de unos amores que tuve (unos amores asesinos) y, long story short, me había vuelto dibujante. Seguía siendo un poeta, de cualquier modo. Por supuesto, me iba mal. Mis trabajos no le gustaban a nadie. A mí no me gustaban.

Dormía en la calle. Comía comida que encontraba en la basura.

Daysi era la misma, no sabía cambiar.

Cuando estuvimos uno frente al otro (nos encontramos en la calle sin querer) lo primero que pensé en preguntarle fue si tenía novio, pero después preferí tomarle una mano, sin preguntarle nada. ¡Sentí su piel! y comprendí que ya éramos de mundos diferentes. De galaxias diferentes. Y que nunca estaríamos juntos de verdad.

Le hice un dibujo en los dedos.

Al principio ella pareció asustarse, pero me dejó hacer. Con cada segundo que iba pasando su respiración era más lenta, como si el hecho de que alguien le hiciera dibujos en la mano la tranquilizara.

No sé hacer otra cosa- le decía yo mientras tanto- sólo dibujar, sólo dibujar.



Cuando la solté ella miró su mano y por poco dejó escapar una sonrisa. Por poco. Desde entonces nos vimos una vez a la semana. Ella sabía más o menos por cuáles calles me gustaba estar. Cuando nos encontrábamos poníamos cara de sorpresa, luego yo tomaba una de sus manos, la que fuera, y le dibujaba algo encima: un pájaro, un barquito. Mientras yo dibujaba, ella, con su voz de muñeca, apenas audible, me iba platicando cosas.

‘Mi papá era loco. Su jobi era pasearse por el techo de la casa, desnudo, como un león enjaulado. Pero su jaula no tenía barrotes. Los vecinos lo miraban y no sé qué pensaban. Mi madre y yo no podíamos evitarlo: llorábamos. Mi padre se tocaba sus partes y lanzaba sermones. Hablaba del fin del mundo. De la muerte de dios. Mi madre me tapaba las orejas pero yo escuchaba todo. Escuché cuando mi padre por fin se calló. Y también cuando se cayó. Lo vi pasar por la ventana. Fue tan... Cuando me asomé allí estaba él, medio cuerpo en la banqueta, medio cuerpo en la calle, todavía muriéndose, con su mano y su mirada tendidas hacia nosotras, como si quisiera tomarnos por el cuello y arrastrarnos con él hacia el fondo de la nada. Un chorrillo de sangre le salía de la oreja’.

Mis dibujos, dicho sea de paso, no duraban, se borraban con el agua. Y cada vez que nos encontrábamos yo tenía que volver a empezar. Y cada vez los dibujos eran más grandes y llegaban un poquito más lejos.

‘Tuve un amigo que no conocía el arte de amar. Traté de enamorallo. Era muy joven entonces y podía permitirme ciertas travesuras. Después de varios intentos, al fin logré que me quisiera. Me dio mucha risa porque pensé que seríamos felices. Pero él decidió marcharse, así de pronto, con el corazón electrizado por mi culpa. Me dijo: eres una medicina que no necesito. Lo fui a despedir a la estación’.

Un día mis dibujos crecieron tanto que llegaron hasta el cuello blanco y liso. De haber crecido más hubieran ido a metérsele a

Daysi por la boca y los oídos.

Ella me hizo detenerme. Lanzó un suspiro y corrió.

A continuación pasaron otros diez o veinte años.

No sé qué habrá hecho ella con su vida. Yo hice lo que parecía imposible: me volví más pobre.

Cuando eres pobre te crecen la barba y las uñas.

Y tuve un hijo. Quiero decir, un gato. Lo encontré por ahí. Se llamaba Poc. Uno le rascaba la panza y él hacía sus ruiditos. Puede afirmarse que éramos felices.

Aquella mañana yo me encontraba as usual revisando un bote de basura, por ver si hallaba un pan o lo que fuera, cuando la vi pasar a Daysi con las manos llenas de bolsas de plástico.

Ella me regresó la mirada y por un momento hicimos como que no nos conocíamos. Después, por educación, porque si algo somos es personas educadas, nos dijimos 'qué tal'. Daysi sonrió & me preguntó: ¿cómo te trata la vida? Ante lo cual no pude menos que soltarme a reír y reír hasta que me puse a llorar. Abrí los brazos, levanté una ceja y lloré y lloré como una rata que se estuviera quemando viva, una rata bañada en fuego.

Ven, le dije.

Yo quería presentarle a mi hijo, sólo eso. Pero Daysi se sobresaltó. Cerró los ojos muy recio y se acomodó los aretes y se mordió los labios. Luego me informó, como quien comunica una terrible noticia, que había contraído matrimonio.

Asentí, bajé la mirada, hasta bien abajo, y me dispuse a continuar con mi trayecto. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

Había dado unos cuantos pasos (iba con los pies desnudos) cuando Daysi tomó una de mis manos inmundas (¡las de ella eran todo lo contrario de inmundas!) y se dejó conducir.

Tac tac, sonaban sus tacones en el callejón. TAC TAC.

Cuando llegamos al sitio, hasta el mero fondo, ella tenía los ojos

preocupados y ninguna de sus manos me tocaba. Nos iluminaba con trabajos un sucio rayo de sol.

Sin mediar más palabras levanté la caja de zapatos donde estaba metido mi hijo y luego, con extrema precaución, saqué el cuerpecito peludo y suave; Daysi estuvo a nada de maravillarse (el pelaje brillaba) pero en eso descubrimos, los dos al mismo tiempo y de repente, que mi hijo estaba muerto. Para decirlo con más precisión: le hacía falta la cabeza.

Yo no fui, dije, yo no fui. No sé por qué chingados dije eso.  
¿POR QUÉ CHINGADOS DIJE ESO?

Daysi, su rostro, se arrugó muchísimo de pronto. De su boca salió un chillido metálico. Recuerdo que alcé mi puño, amenazando con golpiarla, pero al final no la golpié (su dolor me hubiera dolido mil veces), en vez de eso me agaché y me puse a pegarle al piso

TAC TAC TAC

Me rompí varios dedos y todo.

TAC TAC

Aún recuerdo sus tacones huyendo de mí.

TAC

Eran como las primeras gotas de una lluvia.

## ALGUNOS FRAGMENTOS

quiero que le peguen porque es guapo. No es justo que él sea guapo y yo no.

yo qué hice para ser feo. ¿Qué hice?

la persona que le digo le robó unas alhajas a mi hermana

yo pienso que merezco sonreír de vez en cuando

no soy malo, nunca le podría pegar a nadie, pero si usted me

hiciera el favor

no piense que soy envidioso

un buen susto, es todo lo que pido

él me pegó primero

siento que debo contarle toda mi vida, para que entienda mis razones

no quiero que piense que

¿podrían tomarle fotos y enviármelas?

¿puedo verlo personalmente? Me gustaría platicar con usted

hay días en que quisiera matarme, voy a la ventana, miro hacia

la calle y pienso en lo peor

¿a qué cuenta le deposito?

¿tiene usted tatuajes?

¿estoy muy pendejo?

ya hice el depósito, ahora qué procede

¿podría pedirle que pusieran especial atención en las rodillas?

me gustaría que luego me hablara sólo para contarme cómo fue

usted me entiende, ¿cierto?

le pagaré un bono si es necesario

disculpe otra vez molestándolo

es usted un ángel  
¿tienes novia?

## GATITOS

Debes estar harto de mis cartas. Juraría que las ves llegar y pones cara de no sé qué. ¡Perdóname! A veces me aburro. No tengo tiempo libre, me la paso trabajando todo el día, pero a veces no sé cómo encuentro unos minutos para sentir las uñitas de la monotonía corroerme las entrañas. Tal vez exagero. En cualquier caso, no estaría mal recibir alguna carta tuya de repente, ¿sabes? No tienes que hacerlo pero sería un buen detalle, es lo único que digo. Como jamás respondes ni siquiera sé si existes o si ya estás muerto: me siento como una loca platicando con la pared ¡Es horrible platicar con la pared! Te odio. No creas que no te odio.

He viajado mucho en estos últimos meses. Por ciudades y pueblos y pueblitos. He conocido personas. ¿A qué ciudades has viajado tú, recientemente? ¿A qué personas has conocido? ¿Sabes tan siquiera lo que es una persona? Es algo que respira y que llora y que sangra. Estoy segura de que han pasado años desde la última vez que derramaste una gota de sangre ¿No te cansas de vivir así, con la cabeza metida en el culo? Pero ‘culo’ es una mala palabra, mi querido, mi estúpido amigo. No debí escribirla. ¿Sabes qué otras palabras nunca deberían decirse? Demonio y semen.

Aquí te va una lista rápida de ciudades por las que he pasado, en las que he vivido o sobrevivido, en las que intentado no llorar: Perro Muerto, Serpiente Verde, Lombriz de Fuego, Serpiente Azul, Serpiente Amarilla, Ciudad Valeverga, Ciudad Caremierda, Ciudad Estrangulamiento, Ciudad Rodilla... Crees que estoy inventando los nombres, ¿verdad? Qué idiota eres. No conoces el mundo.

En Perro Muerto fui mesera. En Ciudad Asfixia vendí perfumes de puerta en puerta. En Serpiente Azul fui mesera también y en Ciudad Valeverga y en otras más no recuerdo qué hice, aparte de comer mucho estiércol y de hacer llorar al niño-dios, el niño-dios llora cuando te ve sufrir, ¿lo sabías? También llora cuando te ve reír, cuando te ve bailar, cuando te ve coger. Y cuando no pasan nada bueno en la televisión también llora. El niño dios llora mucho, básicamente. Son palabras de mi abuela.

En Lombriz de Fuego fui edecán de una Casa de Sustos. Tú no tienes ni maldita idea de lo que es eso. Yo era la muchacha que tomaba de la mano a las personas en la oscuridad y les iba indicando por dónde hacer el recorrido. Si se perdían o agarraban por otro lado yo era la encargada de jalarlos por el cuello, con un bastón de madera, y regresarlos al caminito. Lo que más me gustaba era eso, engancharlos por el cuello con el bastón de madera. De cuando en cuando salía un monstruo (el Frankenstein, el Hombre Lobo, el Zombi Narco... Había un Zombi Narco, ¿tú crees?) y las personas pegaban de gritos, brincaban. De repente alguien se orinaba en los calzones. Era divertido de ver. Lo que no era divertido es que todos los monstruos que habitaban la casa me tiraran la onda. En realidad eran chavitos de prepa disfrazados que no ganaban ni 20 pesos la hora. Todos decían que estaban enamorados de mí. A ninguno le di chance de nada.

Lo amargo de todo el asunto, amigo, es que siempre me corrían de los empleos por lépera. ¿Recuerdas que yo era muy lépera, que me gustaba escupir a donde quiera que iba, y eructar, y que la gente solía regalarme sus miradas más incómodas? ¿Lo recuerdas? No podía evitarlo. Esa es mi cruz. Mi leperidad o como se diga. La gente siempre espera que le hables bonito. No sabes cuánto me caga eso. Disculpa, cagar también es una palabra horrenda. El caso es que yo nunca embonaba en ninguna parte.

Mis jefes me decían: Calixta, eres muy grosera, los clientes tiemblan al mirarte, por favor sonríe, me decían. Ilumínate, muchacha. Ilumínate por el amor de Dios. Y yo me aguantaba las ganas de sacar fuego por la boca y responderles que Dios no existía, que chingarán a su madre, que...

No creas que no lo intentaba. Me obligaba yo misma a sonreír, me pegaba yo solita un puñetazo en la boca si dejaba de hacerlo. Me rompí un diente una vez. Pero dime, dime tú que no sabes nada, ¿cuánto tiempo puede sonreír una persona de corrido, sin sentirse como un payaso? ¿Tres segundos, cuatro segundos? Después de eso, querido amigo, una recuerda lo que es, de dónde viene, los lugares en donde ha estado, y vuelve a quedarse muy seria.

Eso, el espectáculo de mi sonrisa desmoronándose, resultó ser muy llamativo. Cuando la gente lo veía se asustaba. Cuando veían mi cara real, que era la viva imagen del aburrimiento y el horror, se escandalizaban como no te imaginas, parecía que hubieran visto al diablo (tal vez de hecho yo traigo el diablo dentro de mí, ¿no crees?), les daba un ataque de tos, cubrían sus benditos ojos, llamaban al gerente... me acusaban no sé bien de qué y se armaba lo que se dice un Pedo.

Pedo es una palabra terrible.

Un día me harté no sólo de tener que sonreír a la fuerza sino de tener que trabajar y de tener que vivir a la fuerza, me fastidié de la vida, tal como lo oyes, me cansé del esfuerzo que requiere poner un pie después del otro, abrir los ojos por la mañana, inhalar, exhalar, despedir flatulencias. Todo implicaba un esfuerzo tremendo. Como podrás imaginarte, si es que tienes imaginación, cosa que dudo, al poco tiempo me vi sin dinero y en la calle. Me recuerdo caminando por un bulevar, sin maletas ni nada, con los pies hinchados y el estómago vacío rugiéndome: grrrrrrrrr. Sin embargo, no dejé que me ganara la desesperación. ¿De qué sirve desesperarse? Aquella tarde



me dije: quiero estar tranquila. Mi tranquilidad es una fortaleza, nada podrá derribarla. Y fui a recostarme sobre la banqueta. Para morir. ¿Alguna vez te ha pasado, querido amigo, que hayas bajado la guardia, que hayas dicho: ya no quiero batallar? ¿Has batallado alguna vez por algo, querido amigo?

Bueno, yo bajé la guardia, me di por vencida. Se siente bien, para que lo sepas. Y así estaba yo, Calixta Clodomiro, tendida en la calle como un trapo, rodeada y protegida por esa muralla que era mi tranquilidad, pensando que en cualquier momento se abrirían las nubes y que de aquel océano mullido emergería la muerte conduciendo su carruaje de oro...

A propósito de eso: ¿Tú qué hubieras hecho si me hubiera muerto de verdad, si hubieras recibido la noticia: “Calixta Murió”? ¿Te hubieras puesto triste, hubieras llorado? ¿Te hubieras vomitado? ¿Qué hubieras hecho?

Ay, pero no es tan sencillo morir. No es como decir: me muero. Y listo. Ojalá fuera tan fácil. Mucha gente, la mitad de la gente que existe en el mundo, se habría matado desde hace tiempo. ¿Quién quiere vivir, querido amigo? ¿Quién en su sano juicio querría vivir en este mundo? No, pasé como veinte horas acostada y nunca logré morirme. Por momentos me dormía y pensaba que lo había logrado, que ese era el fin. Pero jamás llegué a sentir aquellos dedos fríos atenzándome por el cuello. En lugar de la muerte quien llegó por mí fue un señor gordo.

Gordo y blandito como una burbuja. Lo hubieras visto. Llevaba una camiseta vieja, rotísima, con dibujitos de colores, chancletas y short de mezclilla. Parecía que fuera caminando por la playa, nomás le faltaba un sombrero con flores. En la mano traía una bolsa de plástico no demasiado llena donde al parecer llevaba unas cajitas que yo supuse eran de medicina. Me vio, yo lo vi. Yo estaba tirada en la banqueta con los ojos abiertos y los brazos bien cerrados, pro-

tegiéndome del frío, temblando un poco y mirando cómo la vida me pasaba por encima. El Gordo, cuando llegó hasta donde yo estaba, se detuvo de repente, como si apenas me hubiera visto, y qué crees que hizo, ¡qué te imaginas que hizo! Me tiró una patadita, el cabrón. Una patadita ¡como si yo fuera un pinche perro! No te voy a mentir, me saqué un montón de onda. Hasta me dieron ganas de ladrar.

No, dijo el Gordo, no llores.

Fue curioso. Yo no tenía ganas de hacerlo pero cuando el Gordo me dijo 'no llores' ¡plin! se me salieron algunas lágrimas. Luego, con aquella voz que me sorprendió por lo finita que era (por su aspecto yo pensé que tendría voz de sapo) me ordenó que me pusiera de pie y ¿qué crees?, le obedecí. Ven conmigo, dijo. Y fui. Parecía yo un pobre cachorrito. Nunca me había visto a mí misma siendo tan obediente.

Caminamos unas cuadras, recorrimos unas calles frescas, llenas de árboles, yo siempre detrás de él, de su enorme trasero, y llegamos a su casa, que era color pistache. Me dijo que me quitara los tenis, lo hice, y entramos. Y yo, como siempre que llego a un lugar desconocido, tuve la impresión de que entraba en un laboratorio. El piso, además, estaba súper limpio y despedía un olor como de clínica. Recuerdo que había una tele de esas viejas que todavía usaban antenas de conejo, unos muebles café, y sobre el comedor un plato con frutas de cera. Por lo demás, la casa era chica y aparte de los muebles que te dije estaba casi vacía. El Gordo se metió a la cocina, me dijo que no me desesperara (desesperarme por qué, pensé) y empezó a freír un pescado. Me senté por ahí, me puse a mirar el piso y a los pocos minutos recibí el estúpido y sensual aroma del aceite en las narices. En lo que el Gordo cocinaba ninguno de los dos abrió el pico. Yo nomás lo veía ir y venir, escuchaba el ruido que hacía con las chanclas y con el cuchillo al cortar quién sabe qué sobre una tabla.

Comimos una mojarra cada quien (la bebida fue sólo agua simple) y yo me estuve un rato chupando los dedos mua mua mua

y luego eructé varias veces. El Gordo me dijo: una señorita no se chupa los dedos ni eructa. Le contesté: vete a la verga. Se lo dije de broma. Pensé que le haría gracia. Pero no, al Gordo no le gustó que le dijera eso y me di cuenta de que no le gustó porque me dio una cachetada. No muy fuerte, de hecho fue la cachetada más blandita que jamás haya recibido. Pero me quedé bien tiesa de la impresión, por un momento pensé en levantarme y correr hacia la calle. No lo hice, le ofrecí disculpas y en todo el tiempo que viví con él ya nunca lo volví a insultar.

El Gordo tenía los ojos verdes, ¿ya dije eso?, tan verdes que parecían azules. Unos ojos como albercas en los que era difícil no confiar. Desde aquel día me convertí en su mandadera. Llevar y traer sobres, eso es básicamente lo que hacía. Sobres pequeños, amarillos, que el Gordo me ponía en la palma de la mano y que parecían estar vacíos. No pesaban nada. Me los guardaba en la bolsa del pantalón y los iba a dejar, siempre caminando, a ciertos lugares y los colocaba en las manos de ciertas personas, la mayor parte de las cuales eran extranjeras o tenían pinta de serlo, ¡con trabajos hablaban español!, y que por lo general me esperaban, con los ojos cubiertos por gafas oscuras, en habitaciones de hoteles o en bares demasiado elegantes a los que yo jamás hubiera podido ni hubiera querido entrar nomás por gusto. Algunas de estas personas intentaban a veces invitarme un trago, que nunca acepté. El Gordo me dijo que no charlara con nadie, mi trabajo no era andar haciendo amigos, lo cual me parecía perfecto. Nunca recibí ninguna explicación ni yo sentí la menor curiosidad por saber de qué iba todo aquello, ni la he sentido después. No era mi estúpido asunto ¿sabes?

Aparte de eso no había más qué hacer. El Gordo me dejaba estar en el sillón, mirando la tele. No tenía cable así que sólo podían mirarse dos o tres canales por donde pasaban programas lúgubres repletos de gente que tú los veías y no podías descifrar si estaban

vivos o muertos, o si eran robots. Ya sabes que odio la tele. A veces ayudaba al Gordo en la cocina, lavando los platos, trapeando. No me dejaba cocinar. Desde el primer día me preguntó qué sabía preparar, qué platillos conocía, y le dije que era muy efectiva haciendo sándwiches y salsas y empanadas... él hizo pfff con la boca y ese fue el fin de la plática.

Si me aburría de la televisión, agarraba unas hojas blancas que el Gordo guardaba en el librero (donde por cierto no había libros) y escribía. De pronto se me ocurrían poemas. Por allí deben de estar guardados. Escondidos. Y también escribía cartas, decenas de cartas de varios pliegos, la mayor parte dirigidas a personas que sólo existían en mi imaginación.

El Gordo no era dado a platicar. De vez en cuando emitía una palabra, farfullaba alguna cosa. Le gustaba ver programas de concursos en la tele, películas viejas... No tomaba ni vino ni cerveza ni mezcal ni vodka ni sidra ni rompope, ninguna bebida aunque fuera un poquito embriagante. Yo hubo días en que hubiera matado (es un decir) por una cerveza, pero nunca hice el menor intento por lanzarme a comprarla, para empezar porque no tenía dinero (el Gordo no me pagaba por ser su mandadera, más que con comida y techo; yo a veces me robaba los cambios, pero nada más) y para terminar porque no quería molestarlo ni causar ningún problema. Al Gordo estaba claro que no le gustaba el alcohol. Ni el ruido. Ni ponerse pantalones: andaba siempre en shorts. Creo que tampoco le gustaban demasiado las mujeres, ni los hombres. Me parece que en general no le gustaban las personas, ni el mundo, ni existir.

¿Sabes que sí le gustaba? Los gatitos.

En la casa había treinta o cuarenta de ellos. No te lo había contado. Lo quería dejar para el final. Resulta que el Gordo, allí donde lo ves, tenía por pasatiempo 'rescatar' gatitos de la calle. Siempre que salía llevaba un puñito de croquetas en los bolsillos y les iba

dejando comida por aquí, por allá. Los gatitos lo veían y empezaban a seguirlo, al principio el Gordo hacía como que no los tomaba en cuenta, después, cuando los gatitos le tomaban confianza, cuando ya se le restregaban encima y le lamían los dedos, los agarraba y los metía en una mochila. Después llegaba a la casa y los guardaba en unas jaulas grandes, de varios pisos, como si fueran pájaros y ya no les permitía salir más.

Había de varios colores, negros, amarillos, grises, blancos... y maullaban sin parar miau miauuuu miauuuuuu, no había un minuto de silencio en la casa. Era para volverse loca. El gordo, cuando la bulla era demasiada, iba y les aventaba algo de comer, se los tiraba encima con la mayor negligencia posible, como si quisiera noquearlos con su propia comida. Y no, tampoco creas que les daba croquetas para gato ni nada de eso, una vez que los tenía en su poder los alimentaba con cualquier cosa: fruta, huesitos de pollo, cucarachas, moscas, lagartijas, pedacitos de papel mojado... Y los regañaba si no comían: ¿Quieren volver a la calle?, les gritaba, ¿Quieren regresar a la indigencia? Yo una vez traté de darles croquetas, no sé en qué estaba pensando, y el Gordo me regañó. Se me quedó viendo y me dijo que eran suyos (¡míos mis gatitos!) y que no me metiera con ellos ni con la forma en que él había decidido cuidarlos, aquí el que manda soy yo, me dijo ya un poco más calmado, me pareció tan aterrador en ese momento, parecía un bebé gigante a punto de vomitarse encima, pero no le respondí nada, sólo pensé: bueno, son sus pinches gatos, él puede darles de comer tripas podridas o tachuelas o vidrio si quiere, ¿verdad?

De cuando en cuando el Gordo sacaba uno de la jaula. Esto es lo interesante. Cuando abría la puertita de la jaula de inmediato los gatitos lo mordían, lo arañaban, se le prendían a la piel, furiosos, aterrados. Las manos del Gordo estaban cubiertas de cicatrices. Pero terminaba siempre por apoderarse de algún pobre gatito. Éste parecía

que se asfixiaba entre sus gruesos dedos. El Gordo silbaba una tonadita y se metía con él en el baño y tardaba horas allí.

Desde afuera, sentada frente al televisor, yo escuchaba los maullidos, o me imaginaba que escuchaba los maullidos desesperados de los gatitos, pero trataba de no pensar en ello. Lo que hacía era concentrarme en el televisor, en la telenovela o lo que fuera que estuvieran dando. Y si no era suficiente me soltaba escribiendo una carta, ya fuera real o imaginaria. Ya fuera sobre una hoja de papel o dentro de mi mente.

Después de algunos minutos que me parecían horas el Gordo salía por fin del baño, de lo más tranquilo, silbando otra vez, con el gatito en la mano. Abría la jaula y lo metía de nuevo. Esto es lo que pasaba en la mayor parte de los casos. Pero en algunos otros el gatito ya no aparecía, nunca lo volvíamos a ver, es decir, ni los otros gatitos ni yo lo volvíamos a ver.

Por cierto que el Gordo no se molestaba en bautizarlos, no le importaba ponerles nombre. Al principio yo les asignaba cualquier apodo que se me fuera ocurriendo. No lo decía en voz alta, claro está, pero lo guardaba en mi cabeza, en una lista mental y secreta. Solamente yo sabía quién era quién: Toby, Maicol, Vaquerito, Mister, Cebollín, Rufián, El Cantante, Payasito, etc. Luego me quité esa costumbrita porque me di cuenta de que si los nombraba me encariñaba con ellos. Qué joda. Tú sabes que no estoy a favor del cariño. Y luego, cuando desaparecían, porque a veces desaparecían, los extrañaba recio. Y ya sabes que tampoco me gusta extrañar.

Un día me levanté un poco más temprano que de costumbre, tipo cinco de la mañana, me lavé los dientes con el dedo (no tenía cepillo) y comencé a dizque barrer y a dizque trapear. Aunque el Gordo no me obligaba yo sabía que le gustaba verme haciendo la limpieza. Tomamos el desayuno, que esa vez fue bastante pródigo. Hotcakes con mermelada y tocino, sandwiches de queso, licuado de

plátano, café, panecitos, huevos con rajitas y un platito de frutas. Al final se me escapó un eructo pero esta vez el Gordo no me regañó. El Gordo cerró los ojos y se estuvo acariciando un rato la panza. Yo por algún motivo estaba clavada a mi silla, no podía moverme. Sabía que tenía que esperar. Quiero que cheques una cosa, dijo, sin abrir los ojos.

Pensé: ahora va a sacar un sobre, lo abrirá y por fin veré lo que hay adentro y comprenderé que he sido cómplice de un narcomenudista. Me dirá: estás metida hasta el cuello, hablaré a la policía. Pensé: tratará de chantajearme, sacará su verga, una verga diminuta y...

De repente abrió los ojos y me dijo 'ven, ven' sin dejar de acariciarse la barriga. Pasamos por la cocina, llegamos al patio, un patio de cemento, donde estaban las jaulas. Después de analizarlo un poco, se decidió por un gatito blanco a quien alguna vez bauticé como Lobito. Lobito clavó sus uñas en los dedos del Gordo sin que éste diera la menor señal de sufrimiento. Después entramos todos al baño. Todos: el Gordo, el gatito y yo.

El baño era enorme, de mosaicos rosas. Había una tina, un tocador y una especie de candelabro colgando del techo. Tendido en el piso había un tapete verde acolchado. La taza era gigantesca. No sabía que se fabricaban tazas de baño tan grandes. Yo nunca entraba allí, tenía un baño aparte, más chiquito, sin tina ni mosaicos ni espejo ni nada, para mí sola. El Gordo, en cuanto cruzamos la puerta comenzó a bambolearse, a chocar contra la pared, como si hubiera tomado veinte cervezas y de pronto le hubieran hecho efecto. Tal vez estaba jugando, por asustar. El punto es que así, a paso vacilante, fue y se colocó frente a la enorme taza, que era como si dijéramos un pozo, levantó el brazo y FUF, aventó a Lobito allí adentro.

Lobito lanzó un maullido estridente que fue como si alguien hubiera rasguñado un vidrio, el vidrio de la realidad. Ya sé que no

quieres que te cuente los detalles de lo que pasó continuación. Así que ahí te van.

Sin perder un segundo, el Gordo se bajó la ropa (en efecto, tenía un pene diminuto) ocupó su lugar en la taza y así tan tranquilo se dedicó a defecar. La taza era gigantesca pero el culo del Gordo lo era mucho más y apenas alcanzaba a sentarse allí sin desparramarse por los costados. Lobito quedó encerrado bajo el culo del Gordo. Yo estaba de pie, como toda una pendeja, con la espalda apoyada en la pared, nomás mirando. El culo del Gordo soltaba unos trallazos espectaculares RAAZ RAAAZZZ RAAZZ, yo me estremecía con cada explosión. Entre un pedo y otro alcanzaban a oírse, a lo lejos, como si vinieran de un sueño, de otra dimensión, o desde el fondo de una gruta, los llamados de auxilio de Lobito. Me lo imaginaba, sumergido en aquella oscuridad, arañando todo lo arañable, mordiendo todo lo mordible, tratando de huir. Pero el Gordo continuaba en lo suyo, tan quitado de la pena. Incluso agarró una revista y se puso a dizque leerla, con los ojos todos vidriosos. Ni me miraba. Yo no estaba allí, era invisible.

De tan invisible que me puse mis pensamientos echaron a volar, cruzaron ciudades, rompieron el tiempo, ¡los canijos!, y en cuestión de microsegundos llegué hasta la playa de Puerto Espanto, a donde solíamos ir cuando no éramos más que unos mocosillos, ¿lo recuerdas? Tú no sabías nadar (¿hay algo que sepas hacer, amigo?), pero cómo te gustaba beber y beber cerveza, y luego andabas ahogándote, querías perderte a propósito en el abismo del mar, entre las piernas del mar, y yo siempre no sé por qué estaba allí para salvarte. Una vez casi provocaste que nos ahogáramos los dos. Es la vez que más te he odiado. Luego traté de enseñarte a nadar y fue una pérdida de tiempo. Nunca quisiste aprender, decías que para qué. ¡Para qué!



Tras varios minutos los pedos por fin cesaron y se produjo un silencio absoluto, de ese que te zumba en las orejas. El Gordo parecía que se hubiera quedado dormido. Estuvo un largo rato sobre la taza, con la cara mirando al suelo. Hasta que por fin se levantó y comenzó a tomar pedazos de papel para limpiarse el culo. Por lo menos lo intentó. No sabes lo difícil que le resultaba. Estiraba los brazos lo más que podía pero no se alcanzaba bien y luego se batía los dedos y las piernas. Un horror. Alcancé a ver incluso unas manchas de sangre.

Pujaba, resoplaba, gruñía. En algún punto pensé que le daría un paro cardíaco, de tanto esfuerzo. Debe ser problemático tener un culo así, tan gigantesco, ¿no? Hasta pensé que podía pedirme que lo ayudara. La idea me horrorizó. Por suerte no lo hizo. Cuando acabó de dizque limpiarse volvió a subirse el short. No jaló la palanca. Si lo hubiera intentado yo lo hubiera detenido.

Lo bañas y lo pones en la jaula, dijo.

Y salió dando un portazo. Y sólo entonces cobré consciencia del tufo que invadía el baño. Me dieron vueltas los ojos, me flaquearon las piernas. Tuve un breve colapso. Casi me voy contra el suelo.

Cuando logré recuperarme fui poco a poco acercándome a la taza. Y sí, tuve miedo, un miedo raro: sentí que dentro de la taza encontraría un espejo y que vería mi propio rostro y que... Pero no, mira, no quiero abundar sobre eso. Tendría que escribir otra carta distinta y no quiero distraerme. Lo que había dentro del inodoro, como podrás imaginarte, ya no era un gatito.

Enrollé mis manos con papel higiénico, hasta fabricarme una especie de guantes blancos, parecían de boxeador, y lo saqué de allí. Con mucha cautela, como si fuera un objeto de vidrio, lo coloqué dentro de la tina. Estaba vivo, temblaba. Pero aparte de eso no hacía el menor movimiento.

Encendí la llave y dejé que el chorro de agua le quitara la capa gruesa que lo recubría. Después le apliqué jabón y comencé a tallarlo. Él no hacía nada ni decía nada, ni siquiera miau. ¿Has visto un gato así, completamente resignado?

Cuando salí del baño el Gordo se acercó a mí (se le notaba más despierto) y me acarició la cabeza, como si yo misma fuera un gatito, y me dio un beso en la mejilla.

Lobito estaba exhausto. Lo metí a su jaula y allí donde lo dejé se quedó, acostadito. Y no volvió a moverse. Me quedé observándolo un rato. Sus compañeros gatitos correteaban de un lado a otro, pasaban encima de él y Lobito ni en cuenta.

El resto del día el Gordo y yo nos dedicamos a ver la tele. No hubo que salir a entregar nada. Yo seguía teniendo ese miedo que era como tener frío. Pensaba que algo en la cabeza del Gordo, alguna pieza chiquitita, se había deformado, o había desaparecido, y ahora él funcionaba diferente. Cuando me dijo que me sentara para que viéramos la tele no me negué, aunque yo tenía ganas de todo menos de ver la tele. Sintonizamos cualquier cosa. Las noticias, un programa de concursos... Pero no le poníamos atención a nada. Yo pensaba en la playa, pensaba en ti, aunque no lo creas, pensaba en mí, diez años atrás, en la clase de persona que había sido y en la persona que había llegado a ser. Me veía bailando borracha. Me veía gritando desde la baranda del malecón.

El Gordo, por primera vez desde que vivía con él, mostró algunas ganas de tirar plástica y comenzó a balbucear algunas frases. El sonido de la tele cortaba un poco sus palabras pero no se molestó en bajar el volumen. Me contó que hacía tiempo se había juntado con una señora quince años mayor que había sido amiga de su madre. Ella fue el amor de su vida. Estaba enferma de algo que no recuerdo y se la pasaban yendo a clínicas, hasta que se cansaron y decidieron dejar de preocuparse. A la señora le gustaba decir que nada valía

la pena. El Gordo sufría mucho. Cuando ella murió él montó un puesto de hamburguesas (aquí me dieron unas ganas gigantes de reírme pero me aguanté) para distraerse y no pensar tanto en la soledad que se había instalado en su vida. La soledad es una mierda, dijo. Y le fue bien, llegó a tener varios carritos funcionando por toda la ciudad y...

El Gordo siguió hablando pero la verdad es que me dio sueño y me dormí. La cabeza se me iba para un lado y para otro, hasta que no pude más. Me dejé caer sobre el mueble (esa era mi cama) y cerré los ojos, arrullada por el ruido de la tele y por la voz del Gordo, que no paraba de hablar. Le tenía sin cuidado haberse quedado sin público. Hablaba para él mismo.

Sólo estuve un día más allí. A la madrugada siguiente me largué, aprovechando de que el gordo seguía ronque y ronque. Fui a la cocina, me comí todo lo que pude. Luego abrí las jaulas de los gatitos, para que escaparan, pero no, allí se quedaron pajareando dentro de la jaula, los muy idiotas. Hasta pensé en guardarlos a todos en una bolsa y luego ir por la calle, liberándolos, pero en cuanto trataba de agarrarlos me mordían y rasguñaban. Que se los lleve la chingada, pensé. Me conformé con tomar el cadáver de Lobito (sí, Lobito estaba bien muerto) y salí a la calle con él, con su cuerpecito frío en la mano.

Tenía sólo 200 pesos en la bolsa, de varios cambios que había juntado por ahí.

Caminé dos horas hasta la terminal de camiones. En el trayecto pasé por una especie de potrero y sin pensarlo mucho levanté la mano y dejé que el cuerpo de Lobito me abandonara. Sí, lo aventé. De pronto me sentí ridícula con aquel cadavercito en la mano. Estaba oscuro aún, nadie me vio. ¿Qué querías que hiciera? Ni modos que lo llevara conmigo hasta encontrar donde enterrarlo, ¿verdad?

Pedí un boleto a Ciudad Mandarin (me alcanzó apenas para pagarlo), a cuatro horas de allí, donde vive mi amiga Lucy, a quien supongo que jamás conocerás. Lucy y yo habíamos tenido problemas la última vez que nos vimos, por culpa de una pinche falda con brillitos que le rompí, era su prenda favorita, luego te voy a contar esa historia, por suerte ya no parecía recordarlo y me dejó quedarme un par de meses con ella y su mamá, en lo que juntaba dinero para irme al carajo.

Las primeras noches no pude dormir. La sombra del Gordo estaba conmigo, me acompañaba como un tufo. Lo veía sentado en la oscuridad, observándome, sonriendo, preguntándome por qué me había ido de su casa: ¿Me tienes miedo?

Por las calles y los hoteles, en los autobuses y en las fondas por las que iba pasando, allí estaba el Gordo. Luego comencé a verlo dentro de mis sueños. Allí aparecía de espaldas, desnudo; yo veía su enorme trasero embarrado de varios colores, como si alguien hubiera tratado de pintar un paisaje en sus nalgas, y le preguntaba una dirección y cuando él se volteaba tenía cara de murciélago, o de perro, incluso de gato, o de algún otro animal, pero nunca tenía cara de persona.

Poco a poco su sombra fue haciéndose difusa. Cuando llegué a vivir a Perropodrido, hace casi un año, lo dejé de ver definitivamente. Bueno, eso me gusta pensar.

Esta carta que a lo mejor estás leyendo, a lo mejor no, te la escribo desde el departamento que comparto con mi novio. Tengo un novio. Ríete, anda. Se llama Rubén. No lo amo, desde luego. Yo no puedo amar de verdad. Una vez intenté amar y ya sabes cómo terminó. Rubén y yo nos conocimos en la pizzería donde trabajamos. Yo entré como lavaplatos, ¿puedes creerlo? En aquel momento pesaba quince kilos menos y sólo tenía un par de camisetas, un par de pantalones, un par de pantaletas y un par de chanclas. Rubén era

el gerente, ya desde entonces. Mamoncito. Pelirrojo. Se la pasaba regañando al personal. Todos lo odiaban. Todos lo siguen odiando. No, mi novio no es muy simpático, la verdad. Me gusta que no sea simpático. Detesto a la gente simpática. Por eso tú me caes bien. Rubén ha sido empleado del mes durante un año seguido y siempre lleva el calzado y el pelo impecables. Creo que con eso ya te dije todo. No sé qué le gustó de mí. Ni sé qué me gustó de él. Durante las primeras conversaciones que sostuvimos, cuando me preguntaba por mis gustos musicales, por mis creencias religiosas, yo sentía que una parte de él se molestaba con él mismo, como si se auto-reprendiera por hablar con una pinche lavaplatos como yo. Sin embargo, allí andaba todo el tiempo detrás de mí.

Un día me preguntó si sabía sumar, si sabía cuánto era dos más dos. ¿Crees que soy idiota?, le dije. Le dio risa. Fue la primera vez y la última, hasta ahora, que lo he escuchado reír. Tiene una risa horrible, de pato. Ese día me entregó una libreta y una calculadora y me dijo que sería su asistente. Desde entonces lo ayudo con las cuentas, hablando con los proveedores, recibiendo la mercancía y demás mierdas aburridas que nada más de pensarlas me dan sueño. A veces me entran ganas de mandarlo a la chingada, no sé por qué no lo hago. Vivimos en un departamento con dos baños. Cada quien caga en su propia taza.

Nos levantamos a las cuatro de la madrugada, comenzamos a chambear a las seis y terminamos a las doce de la noche, a veces a la una o dos de la madrugada. No nos pagan horas extras. Rubén dice que está bien así, dice que mientras más complicado resulte llegar a la cima el honor de haberlo conseguido será más grande. Sí, él es de esas personas que quieren llegar a la puta cima. No dormimos nunca, excepto los martes. Ese día no salimos de la cama hasta las cuatro de la tarde y por las noches vamos al cine. Jamás cogemos, a Rubén no le gusta y a mí tampoco. ¿Sabes qué nos gusta? Ahorrar.

Tenemos varios cochinitos de colores que vamos llenando con billetes de quinientos pesos. Nuestra meta es ir a Nueva York. Yo nunca había imaginado que podía salir de este imbécil país. Pero Rubén es de esas personas que piensan en grande. Quiere conocer el mundo. Nueva York. París. Berlín. Ciudades con nombres hechos y derechos, no como Perro Podrido, Lombriz Lombricenta y esas tonterías que te he platicado.

A Rubén nunca le podría contar la historia del Gordo y los gatitos. Él no sabe nada de eso. Ni de que dormí en la calle. Ni de que soy una lépera. Cuando estoy con él no digo culo ni verga ni... Si supiera quién soy dejaría de hablarme, te lo juro. Le saldrían rayos láser de los ojos, me pulverizaría, yo dejaría de existir. Y dejar de existir es un lujo que no puedo darme, al menos no en estos momentos. No antes de conocer Nueva York. Me vale verga Nueva York. Pero quiero conocer Nueva York. No sé si me explico. Lo más seguro es que no.

A Rubén tuve que contarle una historia diferente acerca de mí. Una historia mejor, para que pudiéramos llevarnos. Le dije que creo en Dios y que fui a un colegio de monjas, ¿te imaginas? Que mis papás eran dueños de una cadena de lavanderías, que mi hermano, el heredero, murió y yo tuve que hacerme cargo del negocio pero que me harté de la vida de los ricos y que decidí ganarme la vida por mi cuenta, quería sufrir, aprender, comenzar desde abajo. En fin. No sé si de verdad me cree o tan sólo admira mi capacidad para inventar patrañas, algo que él también hace de vez en cuando.

Amigo, son las tres de la mañana. Se me cierran los ojos horriblemente. Hoy sólo dormiré una hora. Algo quería decirte... ah sí.

Te adjunto en este sobre la dirección del departamento, por si algún día quieres venir a visitarnos, a Rubén y a mí. Estoy segura de que se caerán muy mal. Sería una reunión de lo más incómoda y desagradable y me gustaría verla. Tú sabes cómo disfruto viendo

a las personas incordiarse. Piénsalo, por favor. Ah, pero qué vas a pensar tú. En el fondo sé que jamás vendrás a verme, para eso tendrías que sacarte la cabeza del culo. Ten al menos las agallas de escribirme, ¿quieres?

Y perdón por tantas groserías. Debería romper esta carta, echarla al bote de la basura y escribir una nueva, pero qué flojera, mi querido amigo, ya mejor que quede así.





'Choto. Cuentos de Carlos Dzul' se terminó de imprimir en marzo de 2021 en CDMX. Se tiraron 100 ejemplares. Se empleó la familia Baskerville 9/11 para la composición de los textos.

